DON PEDRO CALDERON.

DON PEDRO CALDERON,

COMEDIA EN TRES JORNADAS,

ESCRITA Á IMITACION DE LAS DE NUESTRO TEATRO ANTIGUO,

POR

DON PATRICIO DE LA ESCOSURA,

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Representada por primera vez en el teatro de Jovellanos, el 25 de Mayo de 1867, aniversario de la muerte del Príncipe de nuestros poetas dramáticos, con un Epílogo fantástico, improvisado al efecto.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1867.

AL SEÑOR DON JULIAN ROMEA.

En testimonio de admiracion
á su eminente talento artístico, y de personal afecto,
dedica esta comedia,
su antiguo, constante y apasionado amigo,

Patricio de la Escosura.

CENSURA DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia en tres jornadas, que lleva por título D. PEDRO CALDERON, no encuentro inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 29 de Diciembre de 1866.

El censor interino,
LUIS FERNANDEZ GUERRA.

CENSURA DEL EPÍLOGO.

Examinado este epílogo, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 23 de Mayo de 1867.

El censor de teatros,
NARCISO S. SERRA.

PERSONAJES. ACTORES.

EN LA COMEDIA.

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA LEONOR PIMENTEL, Condesa viuda, 40 años	Doña Teodora Lamadrid.
DOÑA ISABEL DE MENDOZA, su prima, 20 años	Doña Cármen Genovés.
INÉS, criada de Isabel	Doña Josefa Lopez.
DOÑA LUCIA, dueña de doña Leonor	Doña Balbina Valverde.
DON PEDRO CALDERON, 50 años.	Don Victorino Tamayo.
DON AGUSTIN MORETO, 30 años.	Don Ricardo Morales.
DON LUIS DE HARO, 50 años	Don Francisco Oltra.
DON CÉSAR DE LA CERDA, 30 años	Don Juan Casañer.
CLARIN, criado de Calderon, 54 años	Don José Alisedo.
LUIS VELEZ DE GUEVARA, octogenario	Don José Izquierdo.
DON FRANCISCO DE ROJAS	Don Francisco Calvet.
DON JUAN DE MATOS FRAGOSO.	Don Claudio Compte.
DON GERÓNIMO DE CÁNCER	Don Ricardo Zamacois.
UN MAESTRE-SALA	Don Ramon Alvarez Tubau.
UN UJIER	Don Manuel Cancela.

Un sargento de la guardia amarilla, cuatro Pajes.

EN EL EPÍLOGO.

PERSONAJES	ACTORES
LA SOMBRA DE LOPE DE VEGA	Don José Morel

La accion pasa en Madrid: año 1651.

JORNADA PRIMERA.

Sala pequeña y modestamente amueblada, en la casa de Don Pedro Calderon.—Reclinatorio con crucifijo.—Estante con libros.—Mesa grande con recado de escribir, cargada de libros y papeles.—Armas en las paredes.—Puerta al foro, que es la de la calle.—Otra á la izquierda del actor, que comunica con lo interior de la casa.—Enfrente de la última, un balcon practicable.

ESCENA PRIMERA.

CLARIN, en cuerpo, con coleto y gorra, limpiando el polvo á papeles y libros, y arreglando la mesa.

¡Dios te maldiga, inventor
De la pluma y del papel,
Instrumentos de Luzbel,
Que debe de ser su autor!
¡Dios te maldiga!—Por tí
Medrarán los escribanos:
Mas los honrados cristianos
Están como yo—¡ay de mí!
Tras veinte años de balazos,

Desvelos, hambres y frios,
Renegando de sus brios
Que solo valen porrazos.
Y á bien que servís á un amo,
Seor Clarin, de tal provecho,
Que parece que se ha hecho
De las desdichas reclamo.
Un menguado ¡pésia á tal!
Que, por soldado y poeta,
Su barca y la vuestra fleta,
Viento en popa al hospital.
Escriba, si ha de escribir,
Memoriales, no comedias;
Y de sus propias tragedias
Lástimas haga al pedir.
Que es locura ¡vive Dios!
Hacer que llore el Monarca
Las desdichas del Tetrarca,
Y no las que pasais vos.
Y yo ¿por qué no le dejo,
Necio de mí?—No lo sé:
Pero debe ser porque
Con él fuí mozo y soy viejo.

(Prosigue arreglando los libros y papeles, de modo que vuelva la espalda á la puerta del foro. Aparecen en ella, con mantos, Doña Leonor y Doña Lucía. La primera llevará, además, cubierto el rostro con una media careta veneciana.)

ESCENA II.

CLARIN.—DOÑA LEONOR.—DOÑA LUCÍA.

LEONOR.

¿Háse enterado Rodrigo? (Al paño á Doña Lucía.)

LUCIA.

Con el coche está, señora,
Portal de Guadalajara.

LEONOR.

¿Le dijisteis?...

LUCIA.

Que unas joyas
Vais á comprarle al platero
De abajo, mientras es hora
De entrar á oir una misa
Aquí, de Constantinopla
En el convento.

LEONOR.

Cuidad
No me sorprendan.

LUCIA.

¿Soy boba?

(Retírase Doña Lucía, apareciendo solo algunas veces á la puerta, y asomándose otras al balcon, como para observar la calle durante la escena.—Doña Leonor se adelanta al proscenio, y Clarin repara en ella.)

CLARIN.

¡Jesús, mil veces!... ¡Tapadas
En esta casa!

LEONOR.

¡Os asombran!

CLARIN.

Ya estoy curado de espanto:
Pero temo á las busconas.

LEONOR.

¡Buscaros á vos!

CLARIN.

Mi reina:
Cante claro y menos prosa.
¿Qué busca aquí? Mi señor.

Es muy honesta persona,
Y no son para sus años
Mujeres que así se embozan.
Demás de esto, no está en casa;
Conque así, vaya en buen hora.
(Mostrándole la puerta.)

LEONOR. (Sentándose.)

Porque sé que no está en casa
Y quiero hablaros á solas,
He venido.

CLARIN.

¡Lindo talle
Tengo yó de pescar mozas!

LEONOR.

Digo, Clarin, que le busco,
Pero nó que me enamora.

CLARIN.

Pues, ya que sabe mi nombre,
Póngale al márgen, por nota,
Que nunca he sido *tercero*.

LEONOR.

Repase bien la memoria.

CLARIN.

No repaso ni en las medias
Los puntos, que ya son comas.

LEONOR.

¿Habré yo de recordarle
Cuanto olvida?

CLARIN.

¿Y cómo?

LEONOR.

Oiga.
Habrá... no sé cuántos años,
Y poco á mi cuento importa,

Que Don Pedro Calderon
De la Barca, á quien abonan
De noble sus apellidos,
De claro ingenio sus obras,
Mozo aún, mas ya poeta,
Galan, valiente, y de gloria
Sediento, antes que de Marte
Los laureles que hoy le adornan
Conquistara, ceñir quiso
Á su sien verde corona
Del mirto de Vénus...

CLARIN.

¡Basta,
Que ya no entiendo una jota!
Vénus y *Marte* están bien
En la culta gerigonza
Que, aun á mi señor, imponen
El uso tirano y Góngora.
Soy ignorante; hablad claro,
Si hablais para mí, señora.

LEONOR.

Digo, Clarin, que Don Pedro,
Á usanza de gente moza,
Frecuentando Prado y Parque,
Donde ván las damas todas
De Madrid, como á palenque
De las lides amorosas;
Y, á beneficio del manto,
Libertad furtiva gozan,
Que, por ser furtiva, suele
Ser tambien muy peligrosa:
Digo, otra vez, que Don Pedro,
En el Parque, Prado y Ronda,
Hubo un tiempo en que, volando,

Inconstante mariposa,
De un amor en otro amor,
Libada apenas la copa,
Fué escándalo de doncellas,
Fué terror de las matronas,
Fué de los padres espanto,
Y de los hermanos sombra.

CLARIN.

¡No más, por Cristo!... Clarin
Soy yo: pero vos la trompa
De la fama, que difama
Sin ley ni misericordia.
Mozos fuimos, es verdad;
Mas ya, aunque no nos agobian
Los años, tenemos juicio
Y prudencia muy de sobra.

LEONOR.

La fama del burlador,
Que tal vez retrajo á otras,
Para una mujer (no sé
Si la llame altiva ó loca)
Fué la atraccion que al abismo
Fascinados nos arroja.
Él, galan y con ingenio,
Ella, niña aún más que hermosa,
Aunque discreta tambien
Al decir de la lisonja,
Buscáronse locamente,
Halláronse en mala hora,
Y las burlas acabaron
De entrambos con la derrota.
¡Amáronse!... Vos, Clarin,
Conoceis bien esa historia
Más de un papel le llevasteis,

Más ¡ay! de una amante trova;
Más de una noche, con él,
Os vió su calle á deshora;
Y, cuando del hado injusto
Á entrambos hirió la cólera,
Vos, como leal, cumplisteis
Con vuestro dueño...

CLARIN.

Señora,
Descortés es atajaros
La palabra, mas forzosa
Obligacion de mi oficio:
Perdonad, que ella me abona.
Si recitais un romance,
Se hacen aquí por arrobas;
Si aventuras de Don Pedro,
Su criado las ignora;
Y no ha de saber por otros
Lo que él saber no le otorga.

LEONOR.

Sutíl estais.

CLARIN.

Es que tengo
La conciencia escrupulosa.

LEONOR.

¡Escrúpulos un lacayo!

CLARIN.

Soldado, y de ejecutoria.

LEONOR.

¡Ejecutoria!

CLARIN.

En mi pecho
Cicatrices la blasonan.

LEONOR.

¡Argüis como un doctor!

CLARIN.

¡Cara he pagado la borla!
Don Pedro es cátedra viva
De la ciencia de la honra;
Y há treinta años que la curso,
Corriendo con él la Europa.

LEONOR.

Pues aún así, habeis de oirme.

CLARIN.

Pues no espereis que os responda.

LEONOR.

Yo haré que sí.

CLARIN.

¡No por Cristo!

LEONOR.

¡No jure!

CLARIN.

¡Voto á Mahoma!

LEONOR.

¿Conocéisme? (Levantándose y descubriéndose el rostro.)

CLARIN.

¡Dios me valga!
¡Doña Leonor! (Quítase la gorra.)

LEONOR.

Diga ahora,
Clarin: ¿recité un romance?

CLARIN.

Nó, sino una triste historia.

LEONOR.

¿Por qué negaba, Clarin?

CLARIN.

Por no hablar de vos con otra.

LEONOR.

¿Quién le enseñó tal nobleza?

CLARIN.

Quien de amor la puso loca.

LEONOR.

¿Calderon?... ¡Sí! que su trato
Ennoblece y acrisola!

CLARIN.

Es como el sol: no hay con él
Como ponerse á la sombra.

LEONOR.

Clarin, del pasado tiempo
Ya veis que tengo memoria.

CTARIN.

Pues en veinte y seis otoños
Los árboles pierden hoja.

LEONOR.

El tronco débil, al soplo
Del cierzo airado se dobla:
Del cedro altivo, á los vientos
Jamás se humilla la copa.
Mas no perdamos el tiempo,
Que vuela, en plática ociosa.
¿Recordais que en noche aciaga?...

CLARIN.

Una cicatriz muy honda,
Cada vez que el tiempo muda,
Me refresca su memoria.

LEONOR.

Mi padre (que, en mejor vida,
Años há descanso goza)
Del Conde de Guadarrama
Guardábame para esposa...

CLARIN.

Atravesóse mi amo
Con su garbo, y con sus coplas;
Y en poco estuvo, á fé mia,
Quedarse el Conde sin novia.

LEONOR.

¡Respeto y amor á un padre,
Barreras son poderosas!

CLARIN.

Creyéraisme, y el Vicario
Le amansara con la estola:
Por *él*, hecho un Amadís,
Vos, temeraria y medrosa,
En vez de *tomar Iglesia*,
Donde todo se perdona,
Tomásteis tanto sereno,
En noches claras y lóbregas,
Que, al cabo, el novio y el padre,
Y un alcalde con su ronda,
Cogiéronnos de sorpresa
En la calle, y ardió Troya.
Defendímonos, que yo
Tambien sé usar la tizona:
Don Pedro mató un pariente
Del Conde; yo herí, en la tropa,
Un alguacil; y logramos,
Con fortuna milagrosa,
Y sin que nos conocieran,
Ganar la iglesia mas próxima.
Un mes duró la clausura,
Que fué un siglo de congojas
Para Don Pedro. De vos
Ni un mensaje, ni una nota.
La justicia nos buscaba,

Que es familia poderosa,
Como sabeis, la del muerto;
Instábanle, con la propia,
Á mi señor, sus amigos!...
Poner pies en polvorosa
Fué, en suma, necesidad,
Que es ley del mundo, señora.
Partimos, pues, á Milan
En busca de muerte ó gloria;
Y al año, si era cumplido,
Supimos de vuestras bodas
Con el Conde.

LEONOR.

Sí, Clarin:
Yo fuí la propiciatoria
Víctima que, en el altar
De la obediencia y la honra,
Al lustre de sus abuelos,
Mi padre inmoló.

CLARIN.

En su gloria
Le tenga Dios: pero en vida,
Con sus años y su gota,
Don Gonzalo Pimentel
Al maestre Figueroa
Apostárselas pudiera
En lo terco y en la cólera!

LEONOR.

De su daga me salvó,
La aciaga noche que aun lloran
Mis ojos, un parasismo.
Creyóme muerta.—Piadosa
Fuera mi suerte á ser cierto,
Que el morir penas acorta!

Luego el Conde intercedió;
Y al despuntar de la aurora,
Medio viva, medio muerta,
Halléme en una carroza;
Y en la soledad de un claustro
Después; y luego, en angosta
Celda reclusa; y la túnica
Cenicienta, ruda y tosca,
Vestida; y sin vocacion,
Clarin, en vida de monja.
Lágrimas lloré á raudales,
Si voluntarias, preciosas:
¡Mas fueron de amor á un hombre,
No á mi Dios!... Hora tras hora,
Meses corrieron... Mi padre
Siempre inflexible...

CLARIN.

¡Una roca
Era el viejo!

LEONOR.

Y siempre el Conde
Pidiéndome por esposa.

CLARIN.

¿Sabiendo?...

LEONOR.

Que no le amaba,
Pero tambien que tengo honra.
En fin: el tiempo, el dolor,
La clausura... ¡Vime sola!
¡Soy mujer!... Era forzoso
Entre casarme y la toca
Elegir... ¡Y fuí Condesa,
Y fuí grande: no dichosa!!

CLARIN.

Y Don Pedro Calderon
No se ha casado, señora.

LEONOR.

Y yo, Clarin, soy viuda,
Soy rica, soy poderosa.
Mi tio, Don Luis de Haro,
Del Rey segunda persona,
Rige en su nombre dos mundos;
Yo soy su privanza sola.
Calderon nunca ha medrado;
Y, si en alas se remonta
De su ingenio á la alta cumbre
Del parnaso, si pregonan
Del vate ilustre los triunfos
De la fama las cien trompas;
Ni sus hazañas en Flandes,
En Milan y en Barcelona,
Ni su nobleza y servicios
En la córte, ni sus obras,
Lograron jamás favores
Que á los hábiles se otorgan.

CLARIN.

Y si Dios no lo remedia,
Tendremos que ir á la sopa.

LEONOR.

Yo le quiero redimir...
Yo quiero...

LUCIA.

(Desde el balcon; viene apresuradamente.)
¡Vamos, señora!

LEONOR.

¿Viene ya?

LUCIA.

Y con él Moreto.
Vámonos, que no os conozcan.

LEONOR.

Clarin, buscadme en mi casa,
Porque á vuestro dueño importa.
Esta noche hay academia.

CLARIN.

¿Qué haré yo entre gente docta?

LEONOR.

Servirme y servirle.

CLARIN.

Iré.

LEONOR.

(Dándole un bolsillo. Hace que se va y vuelve.)
Pues tomad esta memoria;
Y callad á Calderon
Mi visita por ahora;
Que si él sabe hacer comedias,
Yo, más que él, cómo se boga
Sin riesgo en las palaciegas
Aguas turbias, procelosas. (Váse con Doña Lucía.)

ESCENA III.

CLARIN.

¡Poderosa, rica, viuda,
Y, si no falla mi cuenta,
Muy cumplidos *los cuarenta*,
Pedirle á un Clarin ayuda?
¡Misterio hay aquí sin duda!
¿Solo amor?... No puede ser,
Que esta es ya mucha mujer
Para que su corazon
No obedezca á la razon.

¿Qué puede, pues, pretender?
Quiere segundo marido,
Eso bien claro se vé;
Y casi que es, juraré,
Mi señor el escogido.
¿Mas qué causa la ha movido
A que os buscara, Clarin?
Descubrirémoslo al fin,
Mal que pese á su recato,
Que yo sé donde el zapato
Me aprieta, si ella el chapin.

ESCENA IV.

CLARIN.—CALDERON.—MORETO.

CALDERON.

Honrar esta humilde choza,
Don Agustin, pues que os plugo,
Tomad asiento. (Clarin acerca dos sillas.)

MORETO.

Después
Que vos.

CALDERON.

¿Fuera justo
Que en mi casa?

MORETO.

En todas partes
Sois primero, sin segundo;
Y el pobre Agustin Moreto,
A quien honrais, aunque oscuro,
Con vuestra amistad, no debe
Olvidar quien es, iluso.

CALDERON.

El autor del *Caballero* (Siéntanse.)

No debe el paso á ninguno.
¿Qué me mandais?

MORETO.

Es negocio,
Don Pedro, grave de suyo,
El que me trajo; y á solas...

CLARIN.

Entendido está, y me afufo.

CALDERON.

Oye, Clarin: ¿Quiénes son
Dos tapadas, que presumo
Que he visto salir de casa?

CLARIN.

¿Tapadas?

CALDERON.

Sí.

CLARIN.

Pues no es uso
De esta casa, hace algun tiempo,
Otro sexo que el velludo.

CALDERON.

Yo las he visto.

MORETO.

Y yo y todo.

CLARIN.

Pues ya sois dos contra uno.

CALDERON.

¿Quiénes son?

CLARIN.

Yo no lo sé.

CALDERON.

¡Vive Dios!

MORETO.

Hombre maduro

Clarin es ya; y pues que niega,
Ó vimos mal, ó está en punto
De discrecion su silencio.

CALDERON.

De vuestra réplica arguyo,
Don Agustin, que olvidais
Que tengo años de sesudo.
¡Pésame que os engañeis!
Mas del amor y aun del mundo,
Me va veloz apartando
Del tiempo implacable el curso.
Vete, Clarin, que más tarde...

CLARIN.

(Yéndose.) Verás qué enredo te urdo. (Váse.

ESCENA V.

CALDERON.—MORETO.

CALDERON.

Solos estamos, Moreto,
Hablad, pues, que ya os escucho:
Pero decidme no más
En qué puedo daros gusto.
De mí os valeis, y eso basta;
Que no soy amigo *al uso*
De los que toman despacio
Á los negocios el pulso.
Poco puedo, y menos valgo;
Pero todo es vuestro, os juro.

MORETO.

Vos sois, Don Pedro, ejemplar
De caballeros; y excuso
Decir más, que estais presente.
Y puesto que á vos acudo,

Claro está que es porque amigo
De todas veras os juzgo.
¿Reparásteis que, impaciente,
Más de una vez, necio, turbo
Regocijos cortesanos,
En que á mi pesar figuro?

CALDERON.

Dias há que en vos advierto
Apariencias de disgusto.

MORETO.

¡Decid de angustia mortal!

CALDERON.

Cuya causa en vano busco.

MORETO.

La causa, Don Pedro, es que
La suerte conmigo anduvo,
En cuna, ingenio y hacienda,
Buscando el medio tan justo,
Que en este mar de la vida
Ni navego, ni me hundo.
No soy villano, ni noble;
Ni riquezas acumulo,
Ni soy pobre; tengo ingenio,
Mas no el de Lope fecundo,
Ni el de Calderon sublime,
Ni aun el de Góngora culto.
Si me aplauden es la forma,
Y dispútanme el asunto.
¡El desden con el desden
Osan decir que es un hurto!!

CALDERON.

Pues matásteis, al robarle,
Al original presunto.

MORETO.

La envidia, en vuestra grandeza,
Yo sé bien que jamás cupo.

CALDERON.

Tambien me ha mordido á mí;
Pero de ella no me curo.

MORETO.

¿Y cuál de vuestros servicios
En la guerra ha sido el fruto?

CALDERON.

El hábito con que veis
Me honro el pecho.

MORETO.

En tal escudo
No hay blason que no esté honrado,
Y mezquino el premio juzgo.

CALDERON.

Débil soy como mortal;
Y os confieso que mi orgullo
Resentido, alguna vez
Iras y desmayos tuvo.
Las iras templó el respeto
Que al Rey profeso profundo;
Y en los desmayos, consuelo
Hallé en el Dios trino y uno
Que adoro, y en cuya fé
Vivir y morir procuro.
Si procede vuestra pena
De los desaires del vulgo,
De que el Privado no os oiga,
De que el Rey parezca injusto....

MORETO.

Perdonad, mas nada de eso,
Ni eso todo, en suma y junto,

Bastára á rendir á un hombre
Al mal en que me consumo.

CALDERON.

¿Amais pues?

MORETÒ.

¿Quién os lo dijo?

CALDERON.

No hé menester ser gran brujo
Para adivinar que un mozo,
De treinta años á lo sumo,
Galan, poeta, esforzado,
Español, y de buen gusto,
Si la ambicion no le aqueja,
Ni le inquieta aplauso público...

MORETO.

¡Don Pedro, que vais errado!

CALDERON.

¿Sereis ambicioso?

MORETO.

¡Y mucho!

CALDERON.

¿Buscais aplausos?

MORETO.

¡Con ánsia!

CALDERON.

Luego, si mal no discurro,
Las causas de vuestra pena
Son el Privado y el vulgo.

MORETO.

Causas son, pero segundas.

CALDERON.

¿La hay pues de más alto influjo?

MORETO.

Y ya vos la adivinásteis.

CALDERON.

¿Es amor?

MORETO.

¡Ardiente y puro!

CALDERON.

¿Sois amado?

MORETO.

No lo sé.

CALDERON.

¿Cómo así?

MORETO.

No lo pregunto.

CALDERON.

¿Dónde la veis?

MORETO.

En su casa.

CALDERON.

¿Y no la hablais?

MORETO.

Á menudo.

CALDERON.

La amais, la veis en su casa,
Y allí, Moreto, ¿estais mudo?
¡Vos que haceis para galanes
Tan poéticos discursos!

MORETO.

Si yo hubiera de fingirlo!...

CALDERON.

Os citásteis oportuno,
Que donde no hay sentimiento!

MORETO.

Y donde sobra el orgullo...

CALDERON.

¿Amais á indigno sujeto?

MORETO.

Amo á un serafin, en cuyo
Divino ser quiso el cielo
Mostrarse en gracias profuso.
Al sol he osado mirar,
Sin ser águila.

CALDERON.

¿Segundo
Villamediana?... ¡Imposible!

MORETO.

¡Ni en sueños: os lo aseguro!

CALDERON.

No cabe en vos pensamiento,
Moreto, de amor de adúltero.

MORETO.

Justicia en eso me haceis.

CALDERON.

Pues desesperais iluso,
Que para Diana misma
Un Endimion diz que hubo.
Esperad, que las mujeres
Tal vez el régio tributo
Desdeñan, y del más pobre
Se rinden al ciego culto.

MORETO.

Está en no ser infeliz
Ni dichoso en grado sumo,
El toque; es mi *medianía*
El mal con que en vano lucho.
No me vé, porque no gimo
En prision, ni altivo triunfo.
Yo hallára á sus ojos gracia,
Ó cuando ménos indulto,
Si me viera, ó junto al trono,

Ó ya en manos del verdugo:
Pero no soy en la córte
Un astro, sino un intruso;
Ni mi pobreza da lástima,
Ni puede asombrar mi lujo;
Para soldado, es ya tarde;
Cortesano, mal me industrio;
Poeta, diz que no invento;
De sabio no tengo estudios;
Y para que nada falte,
Enamorado, soy mudo!

CALDERON.

«Y para mi mal, decid,
»Sutíl el ingenio aguzo!»
Pero en qué puedo serviros
Saber en vano procuro.

MORETO.

Mucho bien podeis hacerme.

CALDERON.

Pues vuestro ha de ser el triunfo,
Como yo pueda.

MORETO.

Os acepto
La promesa y el augurio.
Habladla en mi nombre.

CALDERON.

¡Yo!
Ni aun ser tercero rehuso
De un amigo, á honestos fines;
Pero equivocais el rumbo,
Que nadie es mas elocuente
Que el que aboga en pleito suyo.
Yo no conozco á esa dama...

MORETO.

Conocéisla, digo, y mucho.

CALDERON.

¿Y la visito?

MORETO.

Tambien;
Y que os venera deduzco,
Y que admira vuestro ingenio,
Como en Madrid todo el mundo,
De que siempre que en su casa
Recitar versos os plugo,
Ella en éxtasis oyó,
Y en mi pecho ardió un Vesubio!

CALDERON.

¿Celos de mí?

MORETO.

¿Por qué no?

CALDERON.

Soy galan harto maduro.

MORETO.

Vuestra ingenio no envejece.

CALDERON.

Pero sí el cuerpo caduco.
Las canas de mi cabello,
Y de mi frente los surcos,
Las huellas son indelebles
De los años en su curso.

MORETO.

Por ella en vano pasaron.

CALDERON.

¿Qué decis?

MORETO.

Que peno y sufro,
No por la rosa temprana,

Que aun ayer era capullo...

CALDERON.

¡Moreto, el seso perdísteis!

MORETO.

¿Y vale ménos el fruto
Sazonado del otoño,
Por formado y por maduro,
Que la flor que nace y muere
En muy contados minutos?

CALDERON.

Decidme que no os entiendo;
Decidme que mal presumo,
Suponiendo que á una...

MORETO.

No
De mí os burleis.

CALDERON.

No me burlo.

MORETO.

Sabed su nombre.

CALDERON.

Advertid
Que yo os oigo, no os pregunto.

MORETO.

La que adoro es la Condesa
De Guadarrama.

CALDERON. (Ap.)

¡Qué escucho!

MORETO.

¡No hay años en las deidades!

CALDERON. (Ap.)

¡Ni salida en este apuro!

MORETO.

¿Qué me decis?

CALDERON.

Que no acierto
Ni á motejaros el gusto,
Que, en efecto, es la Condesa
Vencedora de Saturno;
Ni á conceder que andais cuerdo
Queriendo en el sacro yugo
Uniros con una dama
Que, al venir vos á este mundo,
Moreto, era dama y bella,
Y pretendida de muchos.

MORETO.

¿La conocísteis doncella?

CALDERON.

Y más há de cinco lustros.

MORETO.

¿Tuvo amores?

CALDERON.

No lo sé.

MORETO.

Habláronme de disturbios
Con su padre.

CALDERON.

Era un anciano
De añejos tiempos al uso.

MORETO.

Con un viejo la casó,
Dicen que contra su gusto.

CALDERON.

Yo estaba en Milan entónces.

MORETO.

Y contra su honor ninguno
Jamás en la córte habló.

CALDERON.

No, Moreto; ni hablar pudo
Sin mentir como un villano;
Que el oro es metal impuro,
Si al honor de esa mujer
Se compara.

MORETO.

Como, dudo,
Confesando que es hermosa
Y no hay honor como el suyo,
Podeis condenar, Don Pedro,
La llama en que me consumo.

CALDERON.

La diferencia en los años...

MORETO.

Argumento es importuno,
Pues no se ven.

CALDERON.

¿Ella os ama?

MORETO.

Saberlo por vos procuro.

CALDERON.

Pues dejádmelo pensar,
Que es harto grave el asunto.

MORETO.

Valerme ofrecísteis.

CALDERON.

Cierto.

MORETO.

¿Y cómo?

CALDERON.

Ese cómo busco.

MORETO.

Vuestra palabra empeñada...

CALDERON.

Cumpliréla, estad seguro.

MORETO.

Esta noche en la academia...

CALDERON.

Nos veremos.

MORETO.

Los minutos
Siglos son á mi impaciencia;
En vos mi esperanza fundo! (Váse.)

ESCENA VI.

CALDERON.

¿Cuándo te has de cansar, estrella mia,
Mas que cruel, en todo inoportuna,
De tenerme en suspenso la fortuna,
Y con mi propio ser en lucha impía?
¡No te bastó robarme á la que un dia
Amé, como jamás á otra ninguna,
Y hoy en mi daño tu rigor aduna
Celos de amor, deberes de hidalguía!
Celos póstumos son... ¡Pero son celos!
¿Qué importa?... Mi palabra está empeñada;
Cumplirla es deuda, pese á mis desvelos,
Que no hay pasion en mí que no sea honrada.
¡No sé si esto es pasion, ó si es memoria.
Mas al honor prometo la victoria!
¡Clarin! ¡Clarin!

ESCENA VII.

CALDERON.—CLARIN.

CLARIN.

Aquí estoy.
(Ap.) Ténganos Dios de su mano!

CALDERON.

¿Parécete bien, villano,
Que así olvidas quien yo soy,
Que, trayendo yo un amigo,
Salgan de aquí dos tapadas,
Y tú con chanzas pesadas,
Contra mí falso testigo,
Le des causa á sospechar,
Que en esta honrada mansion
De Don Pedro Calderon?...

CLARIN.

Si me dejáras hablar...

CALDERON.

¡Dí quiénes son!

CLARIN.

Una viuda,
Con más una honrada dueña;
Linda aquella, aunque cenceña,
La postrera colmilluda.

CALDERON.

¿Y qué buscaban aquí?

CLARIN.

Refrescarme la memoria
De no sé qué añeja historia
De amoríos.

CALDERON.

¿Eso á tí?

¿Á un hombre ya de tus años?

CLARIN.

¡Cuatro ó cinco más que vos!

CALDERON.

Hartos tenemos los dos,
Y sobrados desengaños
Para hacer rumbo, Clarin,
No como nave al zarpar,
Como la que va á llegar
Al puerto, que es nuestro fin.

CLARIN.

Siempre fuiste buen cristiano...

CALDERON.

Aunque muy gran pecador.

CLARIN.

Como soldado: el valor
Suele ser algo *liviano*.

CALDERON.

No quiero pasar por santo,
Pues por mi mal no lo soy:
Mas si perdono lo de hoy,
No haré mañana otro tanto.
Esta modesta mansion.
Resto de mi patrimonio...

CLARIN. (Ap.)

Que se ha llevado el demonio.

CALDERON.

Es, Clarin, la habitacion
Que largos años mi padre
Con su honesta vida honró;
¡Y aquí ha nacido y murió,
Mi señora y santa madre!
¡No quiero su casta sombra
De este recinto ahuyentar!

¡No me quiero avergonzar
Cuando mi labio la nombra!
Y aquí no ha de entrar mujer...

CLARIN.

¡Cómo!—¿Ni propia tampoco?

CALDERON.

¡Yo casarme!... Tú estás loco.

CLARIN.

¿Quién sabe? ¡Pudiera ser!.

CALDERON.

¡Tarde es ya!.

CLARIN.

Peor es nunca.

CALDERON.

¿Quién estimára mi amor?

CLARIN.

¿Recuerdas cierta Leonor?

CALDERON.

Lazo roto.

CLARIN.

Pues se enjunca.
Los años vienen de prisa,
Solo estás y no muy rico...

CALDERON.

¡Basta ya!

(Siéntase á la mesa, y pónese á mirar libros y papeles como preocupado.)

CLARIN.

No te replico.
(Ap.) Mas tú oirás toda la misa.
Mal humor te dió el ensayo.

CALDERON.

Engáñaste, que va bien.

CLARIN.

¿Y allá en Palacio?

CALDERON

Tambien.

CLARIN.

¿Por qué entónces el desmayo?

CALDERON.

No hay desmayo.

CLARIN.

Pensativo
Estás, señor.

CALDERON.

No lo advierto.

CLARIN.

¿Abstraido?

CALDERON.

Eso es lo cierto.

CLARIN.

Pues ¿qué tienes, por Dios vivo!

CALDERON.

Una inquietud sin razon;
Sin dolor un malestar;
Un sin causa suspirar;
Y un padecer sin pasion.

CLARIN.

Yo tu mal te explicaré:
Ya estás en el punto crítico
De la vida.—¿Eres político
Ó soldado?—No lo sé.
Hacer comedias, en tí
Soberana habilidad,
No basta á tu calidad,
Aunque ello sea bueno en sí.
Verdad es que peinas canas,
Y predicas sin corona;
Mas las mujeres, perdona,

Prefieres á las campanas.
Tú quisieras del valido
Lograr, mas sin pretender;
Echas ménos la mujer,
Pero temes ser marido.
La ambicion con tu decoro,
Con tu aficion el temor,
En tí batallan, señor,
Como cristiano con moro;
Y en condicion tan extraña
Estás, que, noble y bien quisto,
Eres el hombre que he visto
Más infeliz en España.

CALDERON.

No vas muy descaminado.

CLARIN.

Te sé, como el Padre nuestro.

CALDERON.

Y algo me robas del estro...

(Aparece Inés, con manto y tapada, á la puerta del foro.)

¿Aun la puerta no has cerrado?

ESCENA VIII.

CALDERON.—CLARIN.—INÉS.

Calderon, levantándose enojado, se dirige á Inés.—Clarin, azorado.—Inés, explicándose por señas, permanece al foro.

CLARIN. (Ap.)

¿Será otra vez la Condesa?

CALDERON. (Á Inés.)

¿Qué buscais?... Clarin, ¿qué es esto?

CLARIN.

¿Yo qué sé?—Mujer parece.

CALDERON.

¡Este será otro embeleco
Tuyo, Clarin! Salid pronto (Á Inés.)
Y no volvais.

CLARIN.

Que primero
Diga á quién busca. ¿Es á mí?
(Inés niega por señas.)

CLARIN. (Á Calderon.)

¿Lo ves?—¿Buscais á mi dueño? (Á Inés.)
(Inés dice por señas que sí.)

CALDERON. (Á Inés.)

¿Á Don Pedro Calderon?
(Inés contesta por señas que sí.)

CLARIN.

¡Y á mí me echabas el muerto!

CALDERON.

Pues decid qué pretendeis,
Y si es posible, sea presto.
(Inés saca un billete y se lo presenta.)
¡Papel á mí!—¿Quién lo escribe?
(Inés le hace señas para que lo lea.)
Teneis razon.—Abro y leo.

(Leyendo.) «Fama y hechos teneis, Señor Don Pedro Calderon, de tan honrado caballero y tan soberano ingenio, que bien puede una noble y acuitada doncella acudir á vos, sin mengua de su decoro, en la seguridad de lograr un buen consejo, que es, en suma, el servicio que há menester más la que esta carta escribe.—Si esta noche, pues, me hiciéredes la merced de acudir una hora antes de la ordinaria á la academia que, en casa de mi prima y señora la Condesa, os reune con otros ingenios de esta córte, dispensaréisme en ello un señalado favor, que ya agradezco, en fé de la seguri-

»dad que tengo de merecérselo á vuesta cortesanía.—
»Doña Isabel de Mendoza.» (Representa aparte.)

¡Ni está claro este papel,
Ni se escribió sin misterio!
¿Qué pudo á esta ilustre niña,
Claro, esplendente lucero,
Mover á ampararse así
De este galan, casi viejo?
Pero discurrir es vano:
La criada... (Á Inés.) De provecho
No es ya el embozo; descúbrete
Y rompe, Inés, el silencio.

INÉS. (Descubriéndose.)

¿Trompeteará el clarin
De mi señora el secreto?

CLARIN.

Este clarin nunca suena,
Si no le alienta su dueño.

CALDERON.

Más amigo es que criado,
Sé que de él fiarme puedo.
Habla, Inés: ¿por qué Isabel,
Serafin puro, ángel bello;
Mas que por su alcurnia noble,
Divinidad por su ingenio;
Aun mas rica en atractivos
Que en hacienda y en dineros:
Gala de Madrid, envidia
De toda beldad, con deudos
Como la Condesa y Haro,
Ayuda pide y consejo,
Inés, en trance que ignoro,
Á este humilde caballero.

INÉS.

Para decíroslo os llama;
No me pregunteis, Don Pedro.

CALDERON. (Dándole uno de sus anillos.)

Toma, Inés, esta sortija,
Prenda escasa de mi afecto,
Y revélame...

INÉS. (Tomando el anillo.)

Muy poco
Sabré decir, os lo advierto.
Aun no cuenta veinte abriles
De edad, mas el justo cielo,
Como la dejó sin padres,
Prematuro le dió el seso;
Y áun de mí, su confidente,
Sabe ocultar sus secretos.

CALDERON.

¿Unos zarcillos, Inés,
No han de ablandarte?

INÉS.

Aun sin eso
Me ablandara, que os estimo;
Pero admito y agradezco.
Yo no sé lo que le pasa;
Mas pensativa la veo;
Y que algo de matrimonio
Se trata en casa sospecho.

CALDERON.

¿Qué dices?... ¡Casarla ya!

INÉS.

La Condesa fué en sus tiempos
Beldad, dicen, soberana;
Y aunque le quedan destellos
De la luz con que brilló,

Tal vez le ha dicho su espejo
Que su prima es primavera
Y ella otoño, si bien fresco.

CALDERON.

¡Envidia Doña Leonor!

INÉS.

¡No señor! No mas que celos.

CALDERON.

¡Imposible!

INÉS.

Sí lo es.
¿Por qué buscar casamiento
Con prisa y afan tan grandes,
Cual si hubiera gatuperio,
Ó fuese fea la novia
Y su padre algun hebreo?

CALDERON.

Pero ¿hay tal prisa?

INÉS.

Tres novios
Llevamos desde este enero
Desahuciados; y á poder,
Desahuciáramos trescientos.
Mas, visto por la Condesa
Que sola no basta, entiendo
Que con su tio, el Valido,
Celebró pacto secreto;
Y entre ambos, que contra dos
Ya flaquea nuestro esfuerzo,
Si no somos socorridas,
Casárannos, sin remedio.

CALDERON.

¿Pero, con quién?

INÉS.

Hoy, son dos
Los pretendientes.

CLARIN.

¡Lutero
No hiciera más! ¡Dos maridos!

INÉS.

Un gran señor extremeño,
Que ni aun mandó su retrato,
Pero escribió su abolengo,
(Y sin carta de quien, no
Viene á Madrid choricero)
Recomienda Don Luis de Haro
Por zanjar con él un pleito.
El segundo, descendiente
Del rey sabio, Alfonso el décimo,
Segun él dice, es galan
Aunque un poco á lo tremendo;
Más valiente que letrado,
Más atrevido que tierno.
Pero ¿á qué deciros más,
Si le conoceis, Don Pedro?

CALDERON.

¿Es Don César de la Cerda?
(Ap.) ¿Qué es lo que me pasa, cielos?

INÉS.

Cabal, pariente del Duque
De Medinaceli excelso;
Comendador de Santiago,
Señor de no sé qué pueblos,
Y capitan de caballos;
En matar hombre tan diestro,
Que, cuando toros ó herejes
No mata, mata de tédio.

Pero es tarde, ya sabeis
Cuanto yo deciros puedo.
Esta noche, mi señora
Os dirá, sin duda, el resto.
Me voy, ¡adios!... Los zarcillos
Los admito y agradezco. (Váse.)

ESCENA IX.

CALDERON.—CLARIN.

Calderon, abismado, se deja caer sobre una silla.

CLARIN.

¡Jesús y qué taravilla!
¡Qué de prisa ensartó el cuento!
(Reparando en Calderon.)
¿Qué tienes, señor? ¡Parece
Que está sin alma tu cuerpo!

CALDERON.

Clarin amigo, ¡estoy loco!

CLARIN.

¡Misericordia!

CALDERON.

¡En mi pecho
Arde un volcan!

CLARIN.

Mas ¿qué tienes?

CALDERON.

¡Oh vergüenza!... ¡Tengo celos!

CLARIN.

¡Dios nos coja confesados!
¿Conque hay amor de por medio?
Pues ¿y aquello de las canas,
Mi señor padre del yermo?

CALDERON.

Búrlate; razon te sobra,
Y negártela no quiero;
Mozo viví libremente,
Del yugo de amor exento
Desde que perdí á Leonor,
Y amo ahora que soy viejo.
Este amor desatinado
Que yo me ocultaba, necio,
Á una palabra estalló
Como volcánico fuego.
¡*Casarla*! Esa voz la chispa
Fué que produjo este incendio!
¡Mi amor, rasgándome el alma,
Me revelaron los celos!
Amo, Clarin, á esa niña;
Y la adoro tan frenético,
Que de no haber muerto ya
Á mi rival, me avergüenzo!

CLARIN.

¡Señor! Por todos los santos,
Haz por volver en tu acuerdo!

CALDERON. (Tomando la espada.)

¡Le he de matar!

CLARIN.

¡Tu decoro!

CALDERON.

¿Qué me importa si la pierdo?

CLARIN.

¡Su fama!

CALDERON.

¡Vete, Clarin,
Que no estoy para consejos!

CLARIN.

(Despues de meditar unos instantes.)

¡Murió aquí tu santa madre,
Que te mira desde el cielo!

CALDERON.

(Recobrándose penosamente y dejando la espada.)

¡Amigo, Dios te bendiga
Por tan piadoso recuerdo!

(Tiende á Clarin la mano, que este besa enternecido. Hácele seña de que se vaya, y cae de rodillas en el reclinatorio.)

CLARIN.

(Yéndose y mirándole con ternura.)

¡Pues ya se encomienda á Dios,
En buenas manos le dejo!

FIN DE LA JORNADA PRIMERA.

JORNADA SEGUNDA.

Gran salon suntuosamente adornado con espejos, estátuas, flores y tapices en casa de la Condesa.—Rompimiento al foro figurando una galería practicable, con vistas y bajada al jardin, que se verá en último término.—Es de noche: las luces en las arañas y cornucopias, encendidas.

ESCENA PRIMERA.

CLARIN.—DOÑA LUCÍA.

Al levantarse el telon entran por la galería.

LUCIA.

¡Qué puntualidad, Clarin!

CLARIN.

Es la virtud del que sirve.

LUCIA.

No hablábais tan como un libro,
Sino muy tierno y muy libre
Allá en los tiempos...

CLARIN.

Mirad
Si vuestra ama me recibe.

LUCIA.

No está en casa la señora.

CLARIN.

Pues por su mandato vine.

LUCIA.

Mandóla á llamar la Reina,
En cuya cámara asiste,
Y ya veis...

CLARIN.

Que estoy demás.
Quedad con Dios.

LUCIA.

¿Quiere irse?

CLARIN.

¿Qué he de hacer?

LUCIA.

Hablar conmigo.

CLARIN.

¿Y de qué?

LUCIA.

¿No charla y rie,
Como antaño?

CLARIN.

Venerable
Dueña, no estoy para chistes.

LUCIA.

¡Venerable!

CLARIN.

Por las tocas,
Y los años.

LUCIA.

¿Años dice?

CLARIN.

Su rostro se lo dirá,

Con que al espejo se mire.

LUCIA.

¿Luego soy vieja?

CLARIN.

Del tiempo
Consecuencia imprescindible.

LUCIA.

¿Y vos qué sois?

CLARIN.

Soy un viejo
Que á la vejez no resiste.
Buenas noches.

LUCIA.

No se vaya.

CLARIN.

Sí me voy.

LUCIA.

En los jardines
Quiere mi ama que la espere.
Le dejo, por no aburrirme
Con un viejo: que á esta dueña,
Que desaira el muy belitre,
Lacayos hay en el mundo
De sobra que la codicien. (Váse al interior.)

ESCENA II.

CLARIN.

¡Cargue contigo el demonio,
Que á mí me importa un ardite!
¡Y va de jardin, que estamos
Para rosas y jazmines!
Alguien se acerca... Mi amo
Con Inés... ¡Santos y vírgenes

Del calendario! ¡Su juicio,
Por piedad, restituidle! (Váse al jardin.)

ESCENA III.

CALDERON.—INÉS por la galería.

INÉS.

Un instante aquí esperadme.

CALDERON.

Muy temprano, acaso, vine.

INÉS.

Mas vale así.—Á mi señora,
Ahora dejadme que avise. (Váse al interior.)

ESCENA IV.

CALDERON.

Ya estais conmigo, fieros en campaña,
Locos amores, y tiranos celos;
¡Cebad en mí el furor de vuestra saña,
Pues que así plugo á los divinos cielos!
Mas, el infierno que os mandó se engaña:
No tiene llamas él, ni el polo hielos,
Que la deshonra impriman en mi frente,
Ni entibien de mi fé la llama ardiente.

ESCENA V.

CALDERON.—DOÑA ISABEL.—INES

Ines acerca al proscenio sillas, en que, despues de saludarse, se sientan Doña Isabel y Calderon Luego pasa á la galería, donde permanece en acecho de la entrada.

ISABEL.

Aunque vinísteis, Don Pedro,

Porque os mandé yo venir,
Estoy casi por decir
Que á vuestra vista me arredro.

CALDERON.

Aunque en años harto medro,
Doña Isabel, no creia
Que mi presencia podia...

ISABEL.

Perdonad: no me entendeis.

CALDERON.

¿No decis que me temeis?

ISABEL.

Mas de ello la culpa es mia.
Ligera anduve en verdad,
Que, en fin, esto es una cita.

CALDERON.

Á un amigo.

ISABEL.

Eso no quita
Pretextos á la ruindad
Para morderme.

CALDERON. (Levantándose.)

Mandad,
Bella Isabel, que me ausente,
Y encontraréisme obediente,
Mal que le pese al deseo.

ISABEL.

¿Qué, os vais?

CALDERON.

Porque ausente veo
Merezco más que presente.

ISABEL.

(Haciéndole señal de que se siente.)
No es eso: tomad asiento,

Y entended que si vacilo,
No es por cortesano estilo;
Es, Calderon, porque siento,
De una parte altivo aliento
Que me anima y me provoca,
Y de otra, al abrir la boca,
No sé qué cobarde duda
La voz en mi pecho anuda!
¡Paréceme que estoy loca!

CALDERON.

Sosegad el corazon,
Isabel, calmad la angustia;
Que de estar la rosa mustia
No ha llegado la estacion.
¿Qué teneis?... ¿Una aficion...
(¡Dios me valga!) combatida?

ISABEL.

¿Yo aficion?—¡No por mi vida!

CALDERON. (Ap.)

¡Respiro!

ISABEL.

Yo vivo exenta
De toda aficion violenta.

CALDERON.

¡Cómo! ¿Vos tan pretendida?

ISABEL.

¡Pretendida por demás!
Y en eso mi mal estriba,
Que ellos me quieren cautiva,
Y yo al yugo me hago atrás.

CALDERON.

¿No habeis amado?

ISABEL.

Jamás.

CALDERON.

Si soñásteis perfecciones...

ISABEL.

No hay en mí tales visiones;
No sé lo que son empeños;
Mudas están mis pasiones.

CALDERON.

¿Acaso al claustro, Isabel,
Os llama divino impulso?

ISABEL.

Tomáisme discreto el pulso.
¡No sois médico novel!

CALDERON.

¿Que el claustro, en fin?

ISABEL.

Pasé en él,
Calderon, mi edad primera...

CALDERON.

¿Y volviérais?

ISABEL.

No quisiera.

CALDERON.

¿Ni clausura, ni himeneo?

ISABEL.

¿Pues no cabe en mí otro empleo?

CALDERON.

No lo alcanzo.

ISABEL.

¡Hay tal quimera!
Noble y rica me hizo Dios,
Y libre, aunque soy mujer.
¿Por qué esclava me han de hacer?
Y acá para entre los dos:
¿Por qué no os casásteis vos?

CALDERON.

Ya no fué, y hoy ¿quién me amára?

ISABEL.

Yo sé á quien no le pesara
Ver á Don Pedro rendido;
Y aun por eso he pretendido
Que él en mi pleito abogara.

CALDERON.

¿Doña Isabel, qué decís?

ISABEL.

Que la esperanza me anima
De que me atienda mi prima,
Si vos se lo persuadís.

CALDERON.

¿Eso, de veras, sentís?

ISABEL.

Y por eso os he llamado.

CALDERON.

¡Por eso!

ISABEL.

¿Qué habiais pensado?

CALDERON.

¡Yo!... la amistad... mi consejo...

ISABEL.

Dadlo, pues.

CALDERON.

Estoy perplejo.
(¡No sé hablar de avergonzado!)

ISABEL.

Bien haceis, que dar á un loco
Consejo es tiempo perdido.

CALDERON.

¿Tomar no quereis marido?

ISABEL.

Ni que me lo den tampoco.
Déjenme gozar un poco
De mi honesta libertad;
Quizá más tarde la edad,
Como á Leonor, me dé juicio.
En fin, yo os pido un servicio:
Vos conceded ó negad.

CALDERON.

¿Qué ha de negarle el esclavo
Á su bella soberana?

ISABEL.

Pues cuenta que soy tirana.

CALDERON.

Yo de sufrido me alabo.

ISABEL.

Eso, verémoslo al cabo.

CALDERON.

¡Soy sumiso hasta morir!

ISABEL.

¡Qué bien lo sabeis decir!

CALDERON.

¡Pues sentirlo sé mejor!

ISABEL.

Mirad que no soy Leonor,
Y pudiera ella venir.
Yo precio más de un overo,
Veloz, brioso, impaciente,
Con la rienda, el genio ardiente
Llevar al aire que quiero
Por el llano y el otero,
Que rendir á un amador.
Más me place que el azor
Cuando ufano altivo vuela,

Busque á mi voz la pihuela,
Que triunfo alguno de amor.

CALDERON.

Sereis, pues, una amazona.

ISABEL.

Seré... lo que vos querais,
Como la merced me hagais
De eximirme de *matrona*.
Leonor, eterna razona;
Haro, casi me amenaza;
Y entre los dos llevan traza
De arrastrarme á un precipicio.

CALDERON.

Más podrá vuestro buen juicio,
Que, en fin, sois de noble raza.
¿Quereis sola, cual la palma
Del desierto, vegetar?
¿Si no fuera para amar,
De qué nos sirviera el alma?

ISABEL.

Vivo, libre, mas en calma.

CALDERON.

No es tirano cautiverio
Ese iman, ese misterio,
Que al hombre y á la mujer
Confunde en un solo ser:
De Dios mismo es dulce imperio.
Él á la tórtola obliga
Á que viva y muera amante;
Él hace á una flor constante
Para que al sol siempre siga;
Á la hiedra él es quien liga,
Isabel, al tronco rudo;
Y en estrecho, blando nudo,

La fiera enlaza á la fiera.
Ni el astro rey de la esfera
De amor libertarse pudo.
Y cuando el ave, la flor,
La hiedra, el bruto y el astro,
Senda no hallaron á Castro,
De cuya fuerza á favor
Salvarse puedan de amor;
Vos, que, de su madre envidia,
La flecha sois con que él lidia
Más seguro de triunfar:
¿Voto haceis de nunca amar?
¡Isabel, eso es perfidia!

ISABEL.

Y traicion vuestra elocuencia.
Os busqué para abogado;
Fiscal, me habeis acusado
Con tal razon, tal vehemencia...

CALDERON.

Haced pronto penitencia.

ISABEL.

Es decir: «*Tomad marido.*»
Despues de haberos oido,
Sé que hay peligro en oir,
Mas no es llegarme á rendir
El haberme conmovido.

CALDERON.

¿Qué le diré á la Condesa?

ISABEL.

Que, á uno y otro pretendiente,
Pues que miro indiferente,
No se dé en casarme priesa.

CALDERON.

Quien que puede amar confiesa...

ISABEL.

Si hallo quien me sepa amar,
Cual vos lo sabeis pintar...

CALDERON.

¿Le amárais?

ISABEL.

Pudiera ser.

CALDERON.

¡Si en eso estriba!...

ISABEL. (Saludándole y yéndose.)

¡Á mas ver!

CALDERON.

Decidme...

ISABEL.

Basta callar.

(Cortesía, y váse: Inés la sigue.)

ESCENA VI.

CALDERON.—CLARIN.

Clarin, que se supone que ha estado en acecho, acude presuroso, apenas desaparecen de la escena Doña Isabel é Inés.

CLARIN.

¡Señor! la Condesa viene.

CALDERON.

¡Pues tú aquí!

CLARIN.

¡Vamos, por Cristo,
Si no quieres que te vea!

CALDERON.

¿Qué importa?

CLARIN.

Ven, que te sirvo
Llevándote.

CALDERON.

¿Y la academia?

CLARIN.

Volverás á ese concilio;
Ahora ven, que importa, y mucho.

CALDERON.

Aunque es locura, te sigo. (Vánse al jardin.)

(Salen inmediatamente el Maestresala y dos pajes con hachas encendidas; detrás Doña Leonor de la mano de D. Luis de Haro, siguiéndolos inmediatamente Velez de Guevara, Rojas, Matos Fragoso, Cáncer, D. César de la Cerda, de soldado galan, con banda y vengala, y el último, melancólico y pensativo, Moreto.—Otros dos pajes, tambien con hachas, cierran la marcha.—Cuando todos entran en escena, los pajes, que se habian quedado en el rompimiento, se retiran,)

ESCENA VII.

DOÑA LEONOR.—HARO.—LA CERDA.—MORETO.—GUEVARA.—ROJAS.—CÁNCER.—MATOS.

LEONOR.

No sé como agradeceros
Fineza tanta; (Á Haro.) á vos, tio,
Que la mano me tendeis,
Que sustenta al gran Filipo;
(Á los poetas.) Y á vos, señores, de Apolo
Sacerdotes y ministros.
(Á la Cerda.) Don César por mí no viene,
Con callar harto le digo.

HARO.

No hay que agradecer, sobrina,
como favor el servicio.

GUEVARA.

Por Moreto, Cáncer, Matos,
Y de Rojas don Francisco,

Luis Velez de Guevara,
Vate decano, aunque indigno,
Os dirá que no hay obsequio
De más, sí tan merecido.

LEONOR. (Ap.)

¡Calderon es el que falta!

D. CÉSAR.

Yo, que en discreto no pico,
Diré, en prosa de soldado,
Que sufro el culto martirio
De la academia, porque
Ser esposo solicito
De Isabel: mas que su prima
Vale *aún* cuatro suspiros.

LEONOR.

¡Es muy galante el adverbio!

D. CÉSAR.

¿Qué es adverbio?

CÁNCER.

Aquí un vestiglo.

D. CÉSAR.

(Á Cáncer, colérico y á media voz.)

¡Señor Cáncer, más que vos
Son agudos estos filos. (Empuña la espada.)

GUEVARA. (Interponiéndose.)

¡Reparad que hay una dama!

D. CÉSAR.

¡Pues no haya burlas conmigo!

HARO. (Ap. á Leonor.)

Tengo que decir á solas.

LEONOR. (Á los demás.)

Si mientras llega el remiso
Don Pedro, por el jardin
Haceis, señores, un giro,

Tal vez halleis una Armida
Que os encante en su recinto.

(Saludan todos y se encaminan al jardin, por el rompimiento.)

D. CÉSAR. (Ap.)

¡Nombrar nunca oí en la córte,
La tal *Armida*! (Váse.)

MORETO. (Ap. yéndose.)

¡Ni indicio
De verme! ¡Ni una mirada!
¡Ni una sola le he debido!

ESCENA VIII.

LEONOR.—HARO.—LUCÍA.

Hace señas Leonor á Haro de que tome asiento, y dirígese á lo interior. Haro se sienta junto á una mesa, y pónese á examinar los libros que hay sobre ella.

LEONOR.

¡Doña Lucía!

LUCIA. (Saliendo.)

¡Señora!

LEONOR. (Á Haro.)

Don Luis, con vuestro permiso,
(Á Lucia.) Que baje presto al jardin,
Á doña Isabel suplico.

LUCIA.

¡Y que se hará de rogar!

LEONOR.

¿Qué dices?

LUCIA.

Sé lo que digo.

LEONOR.

Explícate.

LUCIA.

Á prima noche,
Calderon aquí ha venido.

LEONOR.

¡Calderon!

LUCIA.

Trájole Inés.

LEONOR.

¡Imposible!

LUCIA.

Yo lo he visto.
Un hora con vuestra prima
Mano á mano ha departido.
Llegásteis y huyó al jardin,
Que Clarin le dió el aviso.

LEONOR.

(Despues de meditar un momento.)
¡No importa! Baje Isabel. (Váse Doña Lucía.)
(Ap.) ¡Con ella aquí! ¡Pierdo el juicio!
¡Celos: vámonos á espacio,
No me quiteis el sentido!

ESCENA IX.

LEONOR.—HARO.

LEONOR.

(Componiendo el semblante y sentándose cerca de Haro.)
¡Perdonad!—Á una mujer,
Ya sin padre y sin marido
La asedian tantos cuidados...

HARO.

Que hará bien en compartirlos;
Y ya, con su majestad,
Facilité ese designio.

LEONOR.

¿Quién os dice?...

HARO.

Mi experiencia:
Mas si os importa encubrirlo,
Lo ignoraré, que en Palacio
No ver sabe el lince mismo.

LEONOR.

¿En fin?

HARO.

En fin, hoy sobrina
Di á vuestro fin buen principio.
El nombre de Calderon
Oyó el Rey...

LEONOR.

¿Cómo?

HARO.

Benigno.

LEONOR.

¿Y ya alcanzásteis?...

HARO.

No tanto.
¡Un gobierno y de improviso!
Calderon es gran poeta,
Pero muy corto político;
No es señor, si nació noble;
Del Conde-duque fué amigo...
Solo un grande matrimonio
Puede hacer este prodigio.

LEONOR.

¿Tal pensais?

HARO.

Eso he resuelto.

LEONOR.

Sois en todo un gran ministro.

HARO.

Si á su tálamo le eleva
Quien el favor y el oido
De la Reina mi señora...

LEONOR.

¿Entonces?

HARO.

Tendrá el oficio.

LEONOR.

¿Y si no?

HARO.

Ni otro ninguno.

LEONOR.

Así ha de ser.

HARO.

Yo os lo fio.

LEONOR.

Él será gobernador;
Pero casar es preciso
Á Isabel ántes.

HARO.

¿Son celos?

LEONOR.

Que delirais imagino:
¿Dónde hay mujer en el mundo
Que Leonor haya temido?
Si ella tiene pocos años... (Mirándose á un espejo.)
Su encanto tienen los mios.

HARO.

Vénus os puede envidiar.
(Ap.) La víbora la ha mordido.

LEONOR.

Que yo casára antes que ella,
No fuera, señor, bien visto.

HARO.

¿Consiente en fin?

LEONOR.

Que consienta
Habeis de hacer.

HARO.

¿Con qué arbitrio?

LEONOR.

Con la razon.

HARO.

No la escucha.

LEONOR.

Con el poder.

HARO.

Su albedrío
Forzar no puedo.

LEONOR.

Otras torres,
Y más altas, se han rendido.
El claustro...

HARO.

¿Iremos tan lejos?

LEONOR.

Tan lejos se fué conmigo.

HARO.

Los tiempos son diferentes.

LEONOR.

¡Ya no pueden los validos
Lo que Olivares!

HARO.

¡Sobrina!

LEONOR.

La verdad amarga, tio:
Si de mí y de vos triunfar
Pueden los necios caprichos
De Isabel, ni vos ni yo
De alto poder somos dignos.

HARO.

¿Qué pretendeis?

LEONOR.

Que Isabel
Le dé á Don César hoy mismo
La mano, ó vaya á un convento.

HARO.

¿Tanto pedís?

LEONOR.

Tanto exijo.
Lo demás dejadlo á cargo...

HARO.

De esa belleza que admiro,
De esa voluntad que acato,
Y de ese ingenio que envidio.

LEONOR.

(Tendiéndole la mano, que él besa.)
Id al jardin: á Isabel
Aconsejad tenga juicio,
Y enviadme á Calderon.

HARO.

Seré, pues, en vuestro Olimpo,
Júpiter para los rayos,
Y Mercurio...

LEONOR.

¡Por Dios, tio!

HARO.

Como sois diosa, al papel,

Fácil, Leonor, me resigno.
(Ap.) Que puede mucho la Reina,
Y si la gano me afirmo. (Váse.)

ESCENA X.

LEONOR, luego CLARIN.

LEONOR.

Á Isabel has de casar,
Y hacer grande á mi marido,
Ó de Lerma y de Olivares,
Yo te haré andar el camino.

CLARIN.

(Acudiendo presuroso desde el jardin.)
Don Pedro viene tras mí;
Y, antes que llegue, advertiros
Debo que ha dado en la flor...

LEONOR.

Todo lo sé y no me aflijo.

CLARIN.

¿Consentireis?

LEONOR.

No preguntes;
Mira, observa y dame aviso.

CLARIN.

¿Seré su espía?

LEONOR.

Eso quiero.

CLARIN.

¡Será infamia!

LEONOR.

¡Hay tal suplicio!
Le haré grande.

CLARIN.

Ya lo es.

LEONOR.

Y dichoso le haré y rico.
Yo fuí su primer amor:
Si hoy le distrae un capricho,
Nube será de verano,
Que deje el cielo mas limpio.
Calderon no ha de casarse,
Ó se ha de casar conmigo.
¿Servirásme?

CLARIN.

¿Qué he de hacer?
Á tu voluntad me rindo.

(Calderon aparece en el foro.—Á una seña de Leonor, váse Clarin apresuradamente por la izquierda.—Ella, despues de componerse rápidamente el tocado y el vestido, se sienta con afectada serenidad.—Calderon entra cortés, pero grave.)

ESCENA XI.

DOÑA LEONOR.—CALDERON.

CALDERON.

Vengo, señora Condesa...

LEONOR.

¡Ah, Don Pedro! ¿Vos aquí?

CALDERON.

¿No me habeis llamado á mí?

LEONOR.

¿Pues no advertis mi sorpresa?

CALDERON. (Ap.)

Corrido estoy. (Á ella.) ¡Perdonad!
Mas antes de retirarme...

LEONOR.

Si quereis, Don Pedro, hablarme,
Ya os oigo, silla tomad.

CALDERON.

Seré, Condesa, muy breve;
Que, sobre intruso, prolijo...

LEONOR.

¡Vos intruso! ¿Quién tal dijo?

CALDERON.

Eslo siempre el que se atreve...

LEONOR.

¿Cuál fué vuestro atrevimiento?

CALDERON.

Venir aquí *no esperado*,
Condesa, aunque sí *llamado*,
Por un error que lamento.
Pues otro fué el escogido,
Perdonad, vuelvo al jardin.

LEONOR.

Teneos.—Recuerdo, en fin,
Que hablaros aquí he querido.

CALDERON.

Presto olvidais.

LEONOR.

Como vos:
Pudiérais ser indulgente.

CALDERON.

Soy, Condesa, reverente.

LEONOR.

No mas *Condesa*, ¡por Dios!

CALDERON.

Lo sois.

LEONOR.

Lo fuí.—Yo me llamo,

Para vos, siempre Leonor.

CALDERON.

Estimo tanto favor.

LEONOR.

(Haciendo seña á Calderon de que tome asiento.)
(Ap.) ¿No vé este necio que le amo?
(Á él.) Yo soy siempre vuestra amiga.

CALDERON. (Sentándose.)

Más es de lo que merezco.

LEONOR.

Y *en todo* á servir me ofrezco
Vuestra ambicion.

CALDERON.

¿Qué os obliga
á tal favor?

LEONOR.

¿No acertais?
Nacísteis en torpe signo.

CALDERON.

Y, sobre torpe, maligno.

LEONOR.

Será porque no luchais,
Que cabe enmendar la estrella.

CALDERON.

No en su ocaso, cual la mia.
Medio siglo há que es impía,
Y lucho en vano con ella.

LEONOR.

Con perdon de vuestro ingenio,
Vos la culpa habeis tenido:
Todo lo dais al olvido
Por el dramático génio.
La ocasion que la fortuna
Blanda y pródiga os ofrece

Despreciais.

CALDERON.

¡Yo!

LEONOR.

Así parece.

CALDERON.

¿Á mí ocasion?

LEONOR.

Cual ninguna:
Dejándola estais pasar.
Mas, hablemos de otra cosa.

CALDERON.

Decid, pues, Leonor hermosa.

LEONOR. (Ap.)

¡Gracias á Dios, rompe á hablar!
(Á él.) Servísteis bien en la guerra;
Bien visto sois en Palacio;
Mas vivis en el espacio,
Ya os lo dije, no en la tierra.

CALDERON.

No puedo más.

LEONOR.

Ni medrais.

CALDERON.

No, Leonor, ni medraré.

LEONOR.

Que podeis medrar, yo sé.

CALDERON.

Pues en eso os engañais.

LEONOR.

Cerrados teneis los ojos,
Y al sol le negais su lumbre;

CALDERON.

Ciérrolos ya por costumbre

Y por miedo á los enojos.
Si los abro, al tiempo veo,
Que rápido por mí pasa;
Y agosta, destruye, abrasa,
Vida, esperanza y deseo.
La senectud...

LEONOR.

Madurez
Vuestra edad es en el hombre.

CALDERON.

No riñamos por el nombre:
Todo viene á ser vejez.
Hembra, al cabo, es la Fortuna,
Y caprichosa, Leonor;
Mal se alcanza su favor
Ya tan lejos de la cuna.

LEONOR.

Atrevido es que yo arguya
Con vos, sofista tan diestro:
Mas, tal vez, diré al maestro
Verdad tal que le concluya.

CALDERON.

Ya aguardo vuestro argumento.

LEONOR.

Decidme: ¿puede un marido
Á la esposa que ha elegido
Deber, sin mengua, alto asiento?

CALDERON.

Que el hombre dé la grandeza,
Paréceme mas airoso.

LEONOR.

La dote acepta el esposo.

CALDERON.

La dote sí: mas la alteza...

LEONOR.

¡Qué orgullo!

CALDERON.

De castellano.

LEONOR. (Ap.)

¡Quisiéraos mi padre yerno!...
(Á él.) En fin: ¿si en dote un gobierno
Os ofreciera y su mano,
Una principal señora?...

CALDERON.

No puede ser.

LEONOR.

Mas, ¿si fuera?

CALDERON.

Rehusára, aunque la quisiera.

LEONOR. (Ap.)

¡Noble altivez! Me enamora.

CALDERON.

Si lo que yo merecí,
Ganándolo en bueua ley,
No quiere dármelo el Rey,
Por treinta años que serví:
Tomarlo de una mujer,
Como regalo de boda,
Fuera negarle yo toda
Presuncion á mi valer;
Y, si son del soberano
Vida y hacienda, Leonor,
La conciencia y el honor,
Dios los ha puesto en mi mano.

LEOMOR.

Sin gobierno os quedareis.

CALDERON.

Quedaréme caballero.

LEONOR.

No grande, como yo quiero,
Y serlo vos mereceis.

CALDERON.

Dios lo hará como convenga.

LEONOR.

¿Qué, en fin, no os quereis casar?

CALDERON.

Mal camino es de medrar.

LEONOR. (Ap.)

Dios de su mano me tenga,
Que este hombre es de mármol, cielo!

CALDERON. (Levantándose

Si no teneis que mandarme!

LEONOR.

Esperad.

CALDERON.

Vuelvo á sentarme.

LEONOR. (Ap.)

¿Conmoveránle los celos?
(Á él.) Hubo un tiempo, Calderon,
De pasajera ventura,
En que mi escasa hermosura
Rindióme algun corazon:
Mas hoy... con vos lo consulto,
Que sois mi mejor amigo:
¿Puede haber amor conmigo?

CALDERON.

Dudarlo fuera un insulto,
Leonor, á vuestra belleza.

LEONOR.

¡Cortesano!

CALDERON.

Nó: sincero.

Bien sabeis que fuí el primero
Que la adoró.

LEONOR. (Ap.)

¡Bien empieza!

(Á él.) Tal vez hay quien me pretende,
Quien finge amarme...

CALDERON.

Señora:

Yo sé de quien os adora.

LEONOR.

Ved, si es burla, que me ofende.

CALDERON.

Adorar tanta beldad,
Ingenio tan peregrino,
Sujeto, en fin, tan divino:
¿Por qué no ha de ser verdad?

LEONOR.

¿Luego de veras pensais
Que soy amada?

CALDERON.

Lo sé.

LEONOR.

¿Y sabeis por quién?

CALDERON.

Sí á fé.

Y vos ¿no lo sospechais?

LEONOR.

Sí tal: pero á veces dudo.

CALDERON.

¿Por qué, Leonor?

LEONOR.

Porque él calla.

CALDERON.

Consigo mismo batalla,

Y el temor le tiene mudo.

LEONOR.

¿Qué teme de mí?

CALDERON.

El desden.

LEONOR.

¿Soy yo una fiera?

CALDERON.

Sois diosa.

LEONOR.

Mujer, Calderon, y, en prosa,
Que sabe querer muy bien.

CALDERON.

¡Osar un humilde vate!...

LEONOR.

¡Poeta y con tal desmayo!
¿Pues no sabe ya que el rayo
El sacro laurel no abate?

CALDERON.

¿Luego, sin temor, pudiera
Poner el alma á esos pies?

LEONOR.

Con *esperanza*, si es
Poeta de vuestra esfera.

CALDERON.

Es mi igual, si no mejor.

LEONOR. (Ap.)

Habla de sí, cosa es clara.

CALDERON.

¿Oiréisle, si se declara,
Piadosa?

LEONOR. (Ap.)

¡Te ama, Leonor!

CALDERON.

¿No respondeis?

LEONOR.

¡Harto he dicho!

CALDERON.

No para él.

LEONOR.

¡Hay tal hombre!
¡Rendirme á un galan sin nombre
Quiere! ¡Donoso capricho!

CALDERON.

Su nombre exalta Madrid.

LEONOR.

¿Por qué yo sola lo ignoro?

CALDERON.

No es vuestro igual.

LEONOR.

Si él no es moro,
Vil ó clérigo, decid
Quién es mi amante secreto.

CALDERON.

¿Á qué, si lo adivinais?

LEONOR.

Nombradle.

CALDERON.

Pues lo mandais...
(Moreto en la galería, viniendo del jardin.)
Mas vedle allí.

LEONOR.

¿Quién?

CALDERON.

Moreto.

LEONOR. (Ap.)

¡Hay mas infame traicion!

(Á él.) ¿Tercero vos, y conmigo?

CALDERON.

Cumplo sirviendo á un amigo,
Condesa, mi obligacion.

(Entra Moreto en la escena.)

ESCENA XII.

DOÑA LEONOR.—CALDERON.—MORETO.

MORETO.

Don Luis de Haro os suplica
Deis principio á la academia.

LEONOR. (Ap.)

¡Buena estoy yo para versos!

MORETO. (Ap. á Calderon.)

¿Hablásteis?

CALDERON.

Sí.

MORETO.

¿Me desprecia?

CALDERON.

No sé, Moreto, qué os diga:
Que está loca ó es muy diestra!

MORETO. (Á Leonor.)

¿Merecerá vuestro tio,
Si yo no, lograr respuesta?

LEONOR.

Á entrambos la voy á dar,
Y aun á persona *tercera*.
¡Hola! (Sale un paje.) Á mi prima, á don Luis
Y á los demás que aquí vengan. (Váse el paje.)
Vos, Moreto, pretendeis
Volar con alas agenas:
Mi consejo es que del sol
Huyais, porque son de cera.

Á quien, débil para sí,
Loco, ó grosero, sustenta
Lo que en él fuera ambicion,
Y es en otro audaz quimera.
Si hoy la piedad le concede
Breve plazo á pronta enmienda,
Mañana, tal vez, un rayo
Le castigue con su afrenta.

MORETO. (Ap. á Calderon.)

¿Qué es esto, Don Pedro amigo?

CALDERON. (Ap. á Moreto.)

Ser mi suerte en todo adversa.

MORETO. (Ap. á Calderon.)

¡Cómo! ¿Yo soy el herido,
Y vos os poneis la venda?

CALDERON. (Ap. á Moreto.)

Es que á mí me mata el golpe
Que á vos tan solo os vulnera.

ESCENA XIII.

Vienen todas las personas que estaban en el jardin.—Los primeros Doña Isabel y Haro; él hablándola con calor, y ella oyéndole con desden.—Sepáranse al entrar en la escena.—Las dos damas se hacen la reverencia ceremoniosa y provocativamente.—Haro, pasa al lado de Leonor.—D. César de la Cerda se acerca á Isabel.—Los cuatro poetas se quedan al foro, como conversando.—Calderon y Moreto, á un lado, en observacion.

DOÑA LEONOR.—DOÑA ISABEL.—CALDERON.—MORETO.—HARO.—DON CÉSAR DE LA CERDA.—GUEVARA.—ROJAS.—CÁNCER.—MATOS.

LEONOR. (Ap. á Haro.)

¿La convencísteis?

HARO.

No tal:

Invencible es su entereza.

LEONOR.

No sabeis qué son mujeres:
Yo la haré mansa cordera.

D. CÉSAR. (Á Isabel.)

Si no os dais pronto á partido,
Mi dulce enemiga bella...

ISABEL. (Alto.)

Don César: vuestra porfia
Ya vá pasando de necia.
No os amo... ¡Quizá ame á otro!...

CALDERON. (Ap.)

¡Fuera yo!

ISABEL.

Y no he de ser vuestra.

HARO.

(Interponiéndose y con autoridad.)

¡Doña Isabel!

D. CÉSAR.

¿Rival tengo?
Es hombre muerto.

LEONOR. (Bajo á Isabel.)

Esa lengua,
Niña, enfrenad; que más tarde!...

ISABEL. (Alto.)

Cuando os plazca.

LEONOR. (Alto.)

¡La academia!

(Salen pajes, disponen las sillas en semicírculo, frente al proscenio, y siéntanse las figuras en el órden siguiente, partiendo de la más próxima á la izquierda del espectador: 1.ª, Cáncer; 2.ª, Guevara; 3.ª, D. César de la Cerda; 4.ª, Isabel; 5.ª, Haro; 6.ª, Doña Leonor; 7.ª, Calderon; 8.ª, Moreto; 9.ª, Rojas; 10.ª, Matos, que será el más próximo al proscenio, á la derecha

del espectador.—Doña Leonor ha de designar su asiento á cada uno de los personajes.)

HARO.

¿Qué asunto tratais, señores?

GUEVARA.

El que plazca á la Condesa.

LEONOR.

Cortesano sois, Guevara.

CÁNCER.

De todos aquí sois reina.

LEONOR. (Á Calderon.)

¿De todos?

CALDERON.

¿Pues quién lo duda?

MORETO.

¿Quién no adora esa belleza?

ROJAS.

Ese ingenio.

MATOS.

Esos hechizos.

D. CÉSAR.

¡Hay turba mas lisonjera!

LEONOR.

Obedezco; pero, como
Conozco mi escasa vena,
Seré, con vuestro permiso,
Plagiaria de un gran poeta.
«*Amado y aborrecido,*»
Título es de una comedia
De Calderon. Ese asunto
De esta noche será el tema.

GUEVARA.

Enigmática es la frase.

D. CÉSAR.

¡Lleve el diablo á quien la entienda!

ISABEL.

Don Pedro debe explicarla.

CALDERON.

Harélo por obediencia.

ROJAS.

Ya con ánsia os escuchamos.

D. CÉSAR.

¡Y esta es la gente discreta!

CALDERON.

Pues mi concepto, señores,
Se descifra en esta letra:
«¿Cuál más infeliz estado
De amor y desden ha sido?
¿Amar siendo aborrecido,
Ó aborrecer siendo amado?»

CÁNCER.

¡Victor al culto concepto!

ROJAS.

Apretado es el dilema.

GUEVARA.

Agudeza sin igual.

MATOS.

¡Cómo dice!

MORETO.

¡Y cómo piensa!

HARO.

Yo, neutral, soy juez del campo:
Divídanse las banderas.
(Á Leonor.) ¿Qué opinais?

LEONOR.

Que es lo peor
Amar sin correspondencia.

HARO.

¿Vos, Isabel?

ISABEL.

Que me place
Más que lo de «*¡Ingrata! ¡Fiera!*»
De un amante desdeñado.

D. CÉSAR.

Doña Isabel, ni por esas.

HARO.

Caballeros, de una dama
Cada cual siga la enseña.

MORETO.

Si admite tan mal soldado,
Yo seguiré á la Condesa.

LEONOR.

¿Pues no sois quien del *Desden*
Hizo de amor panacea?

MORETO.

No os habia visto, señora,
Cuando escribí esa comedia.

LEONOR.

Discreto sois.

ISABEL.

¡Calderon!

CALDERON.

Soy vuestro.

LEONOR. (Ap.)

¡Miren la necia
Cual le provoca!

GUEVARA. (Á Leonor.)

Mis canas
Ampare vuestra belleza.

CÁNCER.

Y á Cáncer tambien acoja.

ROJAS. (Á Isabel.)

Rojas sigue vuestra idea.

MATOS.

Matos tambien.

ISABEL.

¡Triunfaremos!

HARO.

¿Y á quién ampara Don César?

D. CÉSAR.

No entiendo de estas batallas
Á voces y frases huecas.

HARO.

Pues, en número y poder,
Iguales miro las fuerzas,
¡Sus!—¡Á la lid, campeones!
¡Tocad alarma, trompetas!
Y Apolo dé la victoria
Al ingenio y la elocuencia.

ISABEL.

Repetidnos, Calderon,
Si no os enoja, la letra.

CALDERON.

«¿Cuál más infeliz estado
De amor y desden ha sido?
¿Amar siendo aborrecido
Ó aborrecer siendo amado?»

HARO.

La glosa, una redondilla
Por cada verso del tema.

LEONOR.

Pues que comience Guevara.

GUEVARA.

Estoy á vuestra obediencia.
«Lo que es amor no pagado,

De Safo dice la suerte:
Si él dá voluntaria muerte,
¿Cuál más infeliz estado?»

ISABEL.

Replique Matos por mí.

MATOS.

Digo, pues, con vuestra vénia:
«Dafne tomó á buen partido
Árbol ser, y no de Apolo;
Y tal ejemplo, no el solo
De amor y desden ha sido.»

LEONOR.

Cáncer, volved por nosotros.

CÁNCER.

Entro, pues en la pelea:
«Si es tormento conocido,
Aun bien pagado, el amor:
¿Podrá haber cosa peor
Que amar siendo aborrecido?»

LEONOR.

No hay réplica.

ISABEL.

Rojas diga.

ROJAS.

Diré por pagar mi deuda:
«Si es la ingratitud pecado
Digno de suplicio eterno,
Vivir será en un infierno
Aborrecer siendo amado.»

HARO.

Tan igual va el argumento,
Que nadie ventaja lleva.

LEONOR.

Vates aun faltan insignes.

D. CÉSAR.

¡Eso!—¡Repetir la fiesta!

LEONOR.

Don Agustin.

MORETO.

¿Yo, señora?

LEONOR.

Yo lo exijo.

MORETO.

Entonces sea.

«Tiene vida el desdeñado
No más que para penar,
Y ofende hasta con amar:
¿Cuál mas infeliz estado?»

(Muestras de aprobacion.)

ISABEL.

¡Al socorro, Calderon,
Que esta ha sido aguda flecha!

CALDERON.

«Si pena el aborrecido,
No hace, al menos, padecer:
Favor, dejarle querer,
De amor y desden ha sido.»

(Muestras de aprobacion.)

HARO.

Se está en el fiel la balanza.

GUEVARA.

Pero las damas nos quedan.

LEONOR.

¿Yo he de glosar?

ISABEL.

No en mis dias.

MORETO.

¿Pues hay musa más discreta?

CÁNCER.

¡Las damas!

TODOS LOS POETAS.

Sí.

HARO.

Ya lo oís:
Decretólo la academia.

ISABEL.

Yo no sé.

CALDERON.

Yo os lo suplico.

LEONOR.

Oiránnos con indulgencia.

ROJAS.

Dos musas ganó el parnaso.

HARO.

Y diga pronto la décima.

LEONOR.

»Rinde el no correspondido
Su cuello á humillante yugo.
Luego: es ser de sí verdugo,
Amar siendo aborrecido.»

CÁNCER.

¡Victor!

MORETO.

¡Divina!

GUEVARA.

¡Triunfamos!

CALDERON.

Isabel, grande es la empresa,
Más tengo fé en vuestro ingénio,
La victoria será nuestra.

ISABEL.

«Por culpa agena abrasado,

Digo que parece aquél
Que nace en sino cruel,
De aborrecer siendo amado!»

ROJAS.

No hay más que decir.

CALDERON.

¿Y ahora,
Don Luis, ¿quién ventaja lleva?

HARO.

Declaro que no hay pendon
Vencedor en la palestra.

LEONOR.

Don César, que no ha glosado,
Dirimirá la contienda.

D. CÉSAR.

¿Yo, señora?

ISABEL.

Sin excusa.

D. CÉSAR.

No resisto á la belleza.
«Aborrecer, siendo amado,
Paréceme ruindad necia;
Y amar, siendo aborrecido,
Bobería de almas tercas.
Amar se debe á la que ama,
Siendo limpia y siendo bella:
Y aborrecer, ame ó no,
Á la sucia y á la fea.»

CÁNCER.

¡Victor al *gran capitan!*

D. CÉSAR.

¡Tengamos en paz la fiesta!

ISABEL.

Yo mantengo mi opinion. (Sale el Maestresala.)

MAESTRESALA.

Servida está ya la cena. (Váse.)

LEONOR. (Ap. á Haro.)

Con él, Moreto y mi prima,
Me dejad; á los poetas
Llevad con vos.

HARO.

Está bien:
Mas proceded con prudencia.

Por invitacion de Haro, vánse los cuatro poetas y La Cerda, saludando á Leonor. Al hacerlo Calderon y Moreto, ella les índica que se queden. Doña Isabel permanece inmóvil con aire resuelto.

ESCENA XIV.

DOÑA LEONOR.—DOÑA ISABEL.—CALDERON.—MORETO.

LEONOR.

Á vuestro altivo natural, ya es tiempo
Que freno la razon, Isabel, ponga,
Si no quereis que atoridad suprema...

ISABEL.

Ya el de Haro me lo dijo.

CALDERON. (Yéndose.)

Aquí, señoras,
Extraños no están bien.

MORETO. (Yéndose.)

El cielo os guarde.

LEONOR.

Los amigos, señores, nunca estorban.
Testigos quiero.

ISABEL.

Para tal hazaña
Convocarlos debeis á son de trompa.
(Á ellos.) La Condesa y el Rey, ó su Valido,
Dicen á esta mujer, huérfana y sola:

«Cásate *sin amor!* ¡Cásate *hoy mismo,*
Ó el claustro en flor, tu juventud devora!»

LEONOR.

¡Isabel! ¡Isabel!

ISABEL.

La verdad digo.

CALDERON.

No puede ser.

ISABEL.

Lo es.

MORETO. (Á Isabel.)

¡Templad la cólera!

LEONOR.

Dejadla hablar: su culpa, y aun la mia,
Que así dejé crecer su audacia loca,
Bueno será que, de sus propios labios,
Su grande amigo, Calderon, las oiga.

CALDERON.

Su amigo es Calderon; mas tambien vuestro,
Leonor.

LEONOR. (Bajo á él.)

¡Soy la Condesa!

CALDERON. (Id. á ella.)

Poco importa;
Pues aquí me quisísteis, oiréisme.

LEONOR.

Obedecer al Rey á entrambas toca.

ISABEL.

¡Á entrambas! ¿Luego vos? ¿Con quién, sepamos?

LEONOR.

Cuando convenga lo sabreis.

ISABEL.

Ahora
La ocasion lo requiere.

CALDERON.

¡Isabel, basta!
¡Leonor: es vuestra sangre y vuestra honra!

LEONOR.

Yo obedecí muriendo: que obedezca.

ISABEL.

No sé rendirme, que nací Mendoza.

LEONOR.

La soledad del claustro la hará humilde.

ISABEL.

El acero se rompe, no se dobla.

CALDERON.

¡Doña Isabel, callad!

MORETO.

¡No oigais, Condesa!

CALDERON.

¡Ciegas estais!—Ni el sitio, ni la hora,
Ni la ocasion, consienten que más tiempo
Prolongueis esta plática enojosa.

LEONOR.

Haro esta noche quiere la respuesta.

ISABEL.

Bien clara se la dí: no quiero tocas
Ni marido por fuerza. ¿Lo entendeis?

MORETO. (Á Isabel.)

Tiempo pedid.

ISABEL.

Desdeño moratorias.

Hablan un instante aparte Calderon y Moreto. Este se lleva á Doña Isabel hácia el rompimiento, dónde permanecen hablando con calor. Calderon se acerca á la Condesa y entabla el diálogo con dulzura, pero con autoridad.

CALDERON.

¿Por qué esa niña, sin piedad os halla?
¿No haceis, Condesa, de Leonor memoria?

LEONOR.

¡Recordáraisla vos!

CALDERON.

Sí, la recuerdo:
No iracunda, Leonor: blanda, amorosa.

LEONOR.

¡Era Leonor entonces adorada!
¡Entonces Calderon no amaba á otra!

CALDERON.

¿Quién dijo tal?

LEONOR.

¡Mis celos!

CALDERON.

Son errados.

LEONOR.

¡Ay! ¡Que los celos nunca se equivocan!

CALDERON.

Pues mienten esta vez.

LEONOR.

Dadme una prueba.

CALDERON.

¿Qué prueba os he de dar?

LEONOR.

La que yo escoja.

CALDERON.

¿Cuál es?

LEONOR.

Juradme, á fé de caballero,
Que no la amais.—Yo sé que teneis honra.

CALDERON.

¡Leonor!

LEONOR.

¡Don Pedro!

CALDERON.

¡Yo!

LEONOR.

Jurad: ó juro
Que vereis á Isabel casada ó monja.

CALDERON.

Y si de esa quimera os desengaño,
¿De su suerte Isabel dispondrá sola?

LEONOR.

¡Qué afan por Isabel!

CALDERON.

De ella se trata.

LEONOR.

¿Y de mí no?

CALDERON.

Vos sois la poderosa.

LEONOR.

¿Qué, en fin?

CALDERON.

Su libertad, ó el labio sello.

LEONOR.

Hablad.

CALDERON.

¿Y lo que pido?

LEONOR.

Se os otorga.

CALDERON.

¿Me lo ofreceis?

LEONOR.

De noble es mi palabra.

CALDERON. (Ap.)

¡Llegó, mi pobre amor, tu postrer hora!
(Alto.) Yo os juro que á Isabel no galanteo.

LEONOR.

¿Y no lo hareis?

CALDERON.

¡Jamás!

LEONOR.

¿Ni para esposa?

CALDERON.

¿Cómo, sin pretenderlo?

LEONOR.

¿Y si ella, acaso?...

CALDERON.

¡Absurdo! Mas ni entónces.

LEONOR.

Basta.

CALDERON.

Y sobra.
(Ap.) Ella se salve!... corazon, resígnate!

LEONOR. (Ap.)

¡La oveja descarriada, al redil torna!

(Calderon vá en busca de Moreto é Isabel, y vuelve con ella al proscenio.)

CALDERON.

Venid: ya la Condesa os hizo libre.

ISABEL. (Ap. á él.)

¿Será á trueque de ser vuestra señora?

CALDERON. (Ap. á ella.)

¡Soy en todo infeliz!

ISABEL. (Á Calderon.)

¡Sois ambicioso!
(Alto.) Yo os felicito. ¿Cuándo son las bodas?

LEONOR.

Os digo que sois libre. (Habla ap. con Moreto.)

ISABEL. (Á Leonor.)

Pues prometo,

Cuando os alumbre la nupcial antorcha,
Casarme yo tambien. (Ap. á Calderon.) Si antes la ira
Con que el desprecio lucha, no me ahoga.
(Váse á lo interior.—Calderon queda como anonadado.)

ESCENA XV.

DOÑA LEONOR.—CALDERON.—MORETO.

LEONOR.

¿Tanto me amais?

MORETO.

Si no quereis que muera,
Dadme alguna esperanza.

LEONOR.

Muy remota,
Pudiera ser.

MORETO.

La acepto.

LEONOR.

¿Sí? Escuchadme:
Niña amé á un hombre, me hizo de otro esposa
La voluntad paterna; hoy, que soy libre,
Mi amor primero su poder recobra.

MORETO.

¿Y yo qué he de esperar?

LEONOR.

Si *él* no renuncia
Sus derechos primero...

MORETO.

¿Y *él* se nombra?

LEONOR.

Si á su vida atentais, os aborrezco.

MORETO.

¿Y qué he de hacer?

LEONOR.

Decirle que, ó su esposa
Me ha de llamar mañana, ó libre quedo.

MORETO.

¿Y entónces?

LEONOR.

La esperanza, aunque remota.

MORETO.

Decidme ya quién es.

LEONOR. (Señalando á Calderon.)

Vedle.

MORETO.

¡Mi amigo!

LEONOR. (Ap.)

¡Así es forzoso que el silencio rompa!
(Váse á lo interior.)

ESCENA XVI.

CALDERON.—MORETO.

MORETO.

(Acercándose á Calderon, iracundo.)
¡Nunca, Don Pedro Calderon, creyera
Que la doblez en vos fuese tan honda!

CALDERON.

¿Qué estais diciendo?

MORETO.

Digo que aún no creo
Vuestra traicion, y el alma me destroza.

CALDERON.

¡Yo traicion! ¡Yo doblez! ¡Viven los cielos!
¿Y quieta está mi toledana hoja?

MORETO.

Tened la espada aún, y respondedme:

¿No amásteis á Leonor?

CALDERON.

Es vieja historia.

MORETO.

¿Por qué me la callásteis?

CALDERON.

Por discreto.

MORETO.

¡Hábil, decid, y astuto cual raposa!

CALDERON.

Por vos he descendido á ser tercero.

MORETO.

Para vos pretendísteis.

CALDERON.

Pasion loca
La vuestra es, y perdonarla es fuerza.

MORETO.

Yo os lo diré en su dia. Oid ahora
Lo que decir me manda la que adoro.

CALDERON.

¿Leonor os manda?

MORETO.

Oid.—«Ó vuestra esposa
La llamareis mañana, ó queda libre.»
No quiero nada oir de vuestra boca:
No mataros juré; para cumplirlo,
Huir de vos es la manera sola. (Váse al interior.)

ESCENA XVII.

CALDERON.

¡Cielos! ¿Hay más desdichas que enviarme?
No os basta ya que beba la ponzoña,
Quereis, para que dure mi martirio,

Que apure el cáliz, pero gota á gota..
¿Cuál es mi culpa aquí? ¿Yo no renuncio,
Por verla libre, á la que el alma adora?
¿No pierdo el galardon á mis servicios,
Por no rendir el cuello á una ambiciosa?
¿No sirvo, amigo fiel, á quien me paga
Con locos celos?... ¡Si tal premio logra
La virtud en el mundo, más valiera
Nacer engendro de las furias todas!!...
¿Qué dices, Calderon? ¡Tú blasfemaste!...
¡Dios perdone el delirio á mi congoja!
¡Señor, mientras yo cumpla como bueno,
Sé que en vos hallaré misericordia!!

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA.

JORNADA TERCERA.

Antecámara en el palacio del Buen Retiro.—Tres puertas practicables: al foro, la de la real cámara, con su cortina; á la derecha, la de entrada general; á la izquierda, la del *Salon dorado*, donde solian representarse algunas comedias.

ESCENA PRIMERA.

GUEVARA, en su traje, oficial de ujier de cámara.—Un Sargento de la guardia amarilla.

GUEVARA.

(Entregando al Sargento unos pliegos.)

Órden del Rey.—Estas cartas
De contado, seor sargento,
Partan para sus destinos;
Y ved que importa el secreto.

(Váse el Sargento, saludando profundamente.)

De tan misterioso lance
Ni en palacio he visto ejemplo,
Ni á inventarlo en sus comedias
Alcanzó el mismo Don Pedro.

ESCENA II.

GUEVARA.—CLARIN, por la derecha, apresuradamente.

GUEVARA.

¡Pues tú aquí?

CLARIN.

Por obra y gracia
Del corchete ó del Cerbero
Que, vá para una semana,
Es la sombra de mi cuerpo.

GUEVARA.

¿Y tu señor?

CLARIN.

¿Qué sé yo?

GUEVARA.

¿Qué, no te ha escrito?

CLARIN.

¡Ni aun eso!

GUEVARA.

Pero en suma: ¿Tú qué sabes
de su ausencia?

CLARIN.

Vá de cuento.
La mañana que siguió
Á la noche en que el ingenio
De mi señor se dió trazas
Á evocar todo un infierno,
Billetes, cartas, carteles,
Sobre nosotros llovieron.
Destiérranos la Condesa;
Amenaza elegir dueño
Doña Isabel; de futuro,
Nos desafia Moreto;

Y de presente, Don César,
Reñir quiere cuerpo á cuerpo!
Dada respuesta á las damas,
Galante, y de caballero
Á Don Agustin, salia
Ya mi señor al encuentro
De Don César, cuando, súbito,
De la guarda un ballestero
Se nos entró por las puertas,
Y en sus manos puso un pliego.
Abrióle, besó la firma,
Perdió la color leyendo;
Mas, recobrándose pronto,
—«Decid que humilde obedezco,
—Dijo al soldado, y á mí:
—Adios, mi fiel compañero!
—Contigo iré, respondíle.
—Partir solo quiero y debo,»
Repuso; y dejó su casa,
Sin ropas y sin dineros.
De entónces, ni un solo instante
Me ha dejado el ballestero,
Que aquí me trajo, señor,
Sin consultar mi deseo.

GUEVARA.

Clarin amigo, en la córte
Es gran virtud el silencio.

CLARIN.

Pero, señor, ¿y mi amo?

GUEVARA.

Quizá le verás muy presto.

CLARIN.

¡Plegue á Dios! Vuélvome á casa.

GUEVARA.

Mira. (Acercándole á la puerta de la derecha.)

CLARIN.

¡Mi guarda! Le veo.
¿Vendrá aquí?

GUEVARA.

El postrer ensayo
Hoy se hace en el salon régio
De *Manos blancas no ofenden*,
Y no ha de faltar Don Pedro.
(Mirando á la derecha.)
Y entra ya en ese salon,
Que al Privado llegar veo.

(Éntrase Clarin por la puerta de la izquierda; Guevara pasa a levantar la cortina de la del foro.)

ESCENA III.

GUEVARA.—HARO.

HARO.

¡Escuchadme!... La cortina
Dejad caer.

GUEVARA.

Ya la dejo. (Déjala y baja al proscenio.)

HARO.

¡Favor teneis en palacio,
Poeta y ujier á un tiempo!

GUEVARA.

¡Yo, señor!

HARO.

¡Basta, Guevara!
Sabeis que nos conocemos,
Y que no temo á las musas.

GUEVARA.

Despues de al Rey, os venero.

HARO.

¡Suelen soplar en palacio,
Á las veces, locos vientos!

GUEVARA.

¡Gran verdad!

HARO.

Con el piloto
Naufragan los marineros,
Si no le ayudan!...

GUEVARA.

Discreta
Parábola, que no entiendo.

HARO.

La entendereis. Para mí
Hay en la córte un secreto
Guardado... Sí; para mí,
Con vergüenza lo confieso,
Que del Rey de entrambos mundos
Soporto el temido cetro,
(Otra vez vuelvo á decirlo)
Hay en palacio un secreto
Que vos sabeis.

GUEVARA.

¡Yo, señor!

HARO.

¡Á vos con la oliva vengo:
Mas, si engañais mi esperanza!...

GUEVARA.

¡Señor!

HARO.

Oidme primero:
Un vuestro amigo, soldado
De fortuna, grande ingenio,
Cortesano sin favor,

Y pobre, aunque caballero,
Cuando amor le favorece
Y yo la mano le tiendo,
Súbito se nos esconde;
Y á todos su fuga inquietos
Tiene, Guevara, en la córte,
Á todos dudosos, menos
Al Rey y á vos.

GUEVARA.

Si está el Rey
Tranquilo, estarlo yo debo.

HARO.

¿Quién pudo á doña Isabel
Recluir en un convento;
Á mi sobrina en su casa;
A Don César tener preso
En la del Duque su primo;
Y hasta al oscuro Moreto
Arrestar, yo no sé dónde?
¿Decidme, Guevara, os ruego,
Quién lo pudo?

GUEVARA.

Sólo el Rey.

HARO.

¿Y cómo, sin yo saberlo?

GUEVARA.

No lo alcanzo.

HARO.

Pues yo sí:
Tal vez, Calderon, mi puesto!...

GUEVARA.

Don Pedro no es ambicioso.

HARO.

¿No ensayais, si bien me acuerdo,

Hoy una comedia suya?

GUEVARA.

Por soberano precepto.

HARO.

¿Sin explicacion?

GUEVARA.

Ninguna.

HARO.

Cada vez lo entiendo menos.

GUEVARA.

Señor Don Luis, ved al Rey,
Dando, en tanto, tiempo al tiempo,
Y permitidle un aviso
á mi reverente afecto:
Pues que al Rey place callar,
Respetémosle el secreto.
Muchos ignora de Estado,
Que este guarde no es exceso.
Yo nada sé, mas *supongo*
Que claro vereis muy presto;
Y que han de estaros muy bien
La prudencia y el silencio.

HARO.

¿Luego sabeis?

GUEVARA.

Que mi oficio
Es, señor, de mudo y ciego;
Y que con lo dicho sobra,
Si vos y yo somos cuerdos.

(Pasa al foro y, saludando, levanta la cortina.—Haro, despues de mirarle intencionadamente y reflexionar un momento, entra en la cámara.)

ESCENA IV.

GUEVARA.

¡Ay! Callando sirvo al Rey,
Pero á su privado ofendo;
Y las paces de los grandes
Suelen pagar los pequeños.
¡Ya comienzan á llegar,
Y yo al potro otra vez vuelvo!

ESCENA V.

GUEVARA —MORETO —D. CÉSAR DE LA CERDA.

D. CÉSAR.

¿Diréisme, señor Guevara,
A qué nos llaman aquí?

MORETO.

¡Pero Don César!...

D. CÉSAR.

¡Por Cristo,
Que he de hablar, Don Agustin!
Respondedme. (Á Guevara.)

GUEVARA.

¡Órden del Rey!

MORETO.

Órden del Rey: ya lo ois.

D. CÉSAR.

¿Viniera yo sin su órden?
La razon quiero inquirir.
¿Sabeisla vos? (Á Guevara.)

GUEVARA.

Nada sé.

D. CÉSAR.

¡Pues jurára que mentís!

MORETO.

Don César, en qué lugar
Estais hablando, advertid.

GUEVARA.

Y que es hidalgo Guevara,
Si de noble presumís.

D. CÉSAR.

¡Vive Cristo!

MORETO.

¡De la Iglesia
Campaña hareis, como el Cid,
Por cualquiera niñería!
Reparad que Don Luis
No os ofende con callar
Lo que no debe decir.

GUEVARA.

Yo, á preceptos soberanos
Doblo humilde la cerviz;
Y otro tanto hareis, señores,
Si leales discurris. (Váse por el foro.)

ESCENA VI.

D. CÉSAR.—MORETO.

D. CÉSAR.

Nos ha dejado ese viejo
Con un palmo de nariz.

MORETO.

Así cumple.

D. CÉSAR.

¡Y así medra!

MORETO.

¡Los muros oyen aquí!

D. CÉSAR.

Óigame el Rey: no me importa.

MORETO.

No oirá lo que vos decís,
Si no lo que mienta el eco
De la lisonja servil.

D. CÉSAR.

Si de esta salgo con bien,
¡Adios, córte! ¡Adios, Madrid!
¡Vuelta á Flandes, y á la guerra!

MORETO.

¿Qué, cedeis la dama al fin?

D. CÉSAR.

Para saber donde para,
¿Soy yo brujo ó zahorí?

MORETO.

¿Pues ya olvidásteis las nuevas
Que os comuniqué al venir?

D. CÉSAR.

¡Lindas nuevas! Que mi dama,
Más que á mí, quiere el monjil;
Que á la vuestra el Rey no deja
De su morada salir;
Y que se ha desparecido
El cincuenton Amadís,
Para guardar cuya vida
Nos prenden á vos y á mí,
Como si él no la guardára,
Huyendo...

MORETO.

¡Don Pedro huir!

D. CÉSAR.

Ó escondiéndose.

MORETO.

¡Callad!
No sabeis lo que decís.
Mi rival es; sin matarle
No puedo yo ya vivir:
Pero es noble y valeroso,
Cuanto en ingenio feliz.

D. CÉSAR.

Pues salga de su emboscada
Y pruébelo en buena lid.

MORETO.

Probado lo tiene.

D. CÉSAR.

Es que eso
Hay que probarlo hásta el fin.

MORETO.

¡Ó aquí hay secreto de Estado,
Ó inícua trama sutil!

D. CÉSAR.

Lo que hay aquí es que nos tratan
Como á gente baladí,
Trayéndonos y llevándonos...

UJIER. (Dentro.)

Pase vuecencia.

MORETO.

¿No ois?

D. CÉSAR.

Y á un veo. ¡Nuestras ingratas!
El Otoño y el Abril.

(El ujier levanta la cortina de la derecha, para que entren las damas, y se va por el foro.)

ESCENA VII.

MORETO.—D. CÉSAR.—LEONOR.—ISABEL.

Los caballeros saludan profundamente á las damas, que les devuelven el saludo ceremoniosamente; y separándose, se coloca cada cual en uno de los extremos del proscenio.

MORETO. (Á Leonor.)

No merece, mi señora,
Quien tanto penó en ausencia,
Ya que, en fin, vuestra presencia...

LEONOR.

¡Moreto, no es tiempo ahora
De galante discreteo!...

D. CÉSAR. (Á Inés.)

¿Al cabo no os entrais monja?
¡Bien haceis: que, sin lisonja,
No hay miraros sin deseo!

ISABEL.

¡Haréisme mucho favor
Con no hablarme en vuestra vida!

MORETO.

(Apartándose de Leonor, y á D. César, que tambien se aparta de Isabel.)

¡Toda esperanza es perdida!

D. CÉSAR.

Pues busquemos nuevo amor.

MORETO.

Hablad vos á la Condesa.

D. CÉSAR.

Y vos por mí á la Isabel.
(Á la Condesa.) ¿Por qué os mostrais tan cruel?
Él es galan, bien se expresa,
Versos y comedias hace
Como el otro... caballero!

LEONOR.

Pues, Don César: no le quiero.

D. CÉSAR.

¿Por qué?

LEONOR.

Porque no me place.

MORETO. (Á Isabel.)

Doña Isabel, importuno
Tal vez soy, por amistad...

ISABEL.

Si es por Don César, callad.

MORETO.

¿Y por otro?

ISABEL.

Por alguno
Debiérais vos de abogar:
Mas hora sois su enemigo.

MORETO.

Dios, Isabel, me es testigo...

ISABEL.

Bien está: basta callar.

MORETO.

Ved que ha sido Calderon...

ISABEL.

¡Calderon nó!

LEONOR.

¿Quién le acusa?

D. CÉSAR. (Á Moreto.)

Contra dos furias no hay musa:
Acto haced de contricion.

LEONOR.

¡De alguna Circe el encanto!...

ISABEL.

¡Maldades de alguna Armida!...

LEONOR.

¡Qué audacia, apenas nacida!

ISABEL.

No puedo deciros tanto.

MORETO. (Á la Condesa.)

No así deis rienda al enojo.

LEONOR.

¡Yo enfrenaré esa insolencia!

ISABEL.

No estoy ya de vuecelencia,
Prima y señora, al antojo.

MORETO.

¡Por Dios, señoras!

D. CÉSAR. (Ap. á Moreto.)

Dejad
Que se devoren las dos,
Que son bravas ¡vive Dios!

MORETO. (Á Leonor.)

¡Que en palacio estais, mirad!

LEONOR.

Puesto que amor me teneis,
Y á mi favor aspirais;
Ni por ella intercedais,
Ni en vuestra vida la hableis!

ISABEL,

(Á D. César que ha estado hablando con ella.)

Si mi justicia no alcanza
Que me deje libre el Rey,
(Señalando á la Condesa.)
Antes que sufrir su ley,
¿Quién sabe?

D. CÉSAR.

¿Es una esperanza?

ISABEL.

Á nada quedo obligada.

D. CÉSAR.

Pero ¿es posible?

ISABEL.

Eso sí.

LEONOR. (Á Moreto.)

Ved que nada prometí.

MORETO.

¡Qué ventura tan tasada!

LEONOR.

Moreto, no os he engañado,
Y es injusta vuestra queja.

MORETO.

¡El lamentar se le deja
Al que está desesperado!
Si está muy bien en que á vos
Otro hombre, Leonor, no os quiera,
Esperar tal cosa fuera
Negar su justicia á Dios.

LEONOR. (Ap.)

¿Y quién sabe si en castigo
De que débil fuí aquel dia
Que renuncié al que queria,
No le encuentrò hoy enemigo?

ESCENA VIII.

DICHOS.—GUEVARA.

GUEVARA. (Á las Damas.)

Servíos pasar al cuarto
De la Reina mi señora.

(Levanta la cortina y entran las Damas en la cámara.)

D. CÉSAR.

¿Y qué dispone el señor
Guevara de estas personas?

GUEVARA.

Al régio salon dorado...

D. CÉSAR.

Es deçir que aquí os estorban
Testigos.

GUEVARA.

Yo nada digo,
Os habla el Rey por mi boca.

(Vánse por la izquierda, llevándose Moreto del brazo á D. César.)

ESCENA IX.

GUEVARA.—HARO.

Guevara, así que desaparecen D. César y Moreto, pasa al foro, levanta la cortina y hace ademan de llamar á Haro.

HARO.

Su majestad (Dios le guarde).
Ya de su traza ingeniosa
Me dió aviso.

GUEVARA.

¿Veis, señor?

HARO.

Dan aquí miedo las sombras.
¿Teneis todas las figuras
De esta comedia famosa
Preparadas?

GUEVARA.

Sí señor.

HARO.

¿Vendrá á volver por su honra
Nuestro galan entrecano?

GUEVARA.

Sin el Rey, ya su tizona
Freno pusiera á las lenguas,
Que tan mal su ausencia glosan.

HARO.

Pues antes hacerlo debe,
Guevara, que *tome esposa.*

GUEVARA.

¿Qué decís?

HARO.

Lo que vereis
Sin que pasen muchas horas.
Ved si llega.

GUEVARA. (En la puerta derecha.)

¡Sí, ya viene!

HARO.

Que entre; y dejadnos á solas.

(Entra Calderon, dánse las manos él y Guevara, y este se va por el foro.)

ESCENA X.

HARO.—CALDERON.

HARO.

En fin, la villa y la córte
Salen de susto y zozobra;
Y las musas su mejor
Adalid, en vos, recobran.

CALDERON.

No inquiero, señor don Luis,
Si eso es burla ó es lisonja:
Mas, valgan lo que valieren
Mis versos y mi persona,
Ni ellos aquí se recitan,
Ni ella pisa estas alfombras,
Sino porque el Rey lo manda.

Y la obediencia es forzosa.

HARO.

Tampoco inquiero, Don Pedro,
Si es altiva ó no de sobra
Vuestra respuesta; del Rey
Á la voluntad se amolda
Tambien la mia. ¡Si nó!...
En fin, sus órdenes oiga
Vuesa merced.

CALDERON.

De *vuecencia*
Será oirlas alta honra.

HARO.

Supo el Rey nuestro señor,
Cómo, no sé, ó no me importa,
Que, bien fuéseis vos la causa
Ó la ocasion, tal vez, sola,
En casa de mi sobrina
Pendon alzó la discordia.
De Doña Leonor galan,
En fecha ya algo remota;
Y galan, un poco tarde,
De Doña Isabel Mendoza;
Rival de esotro poeta
Que tan alto mirar osa;
Rival tambien de un La Cerda,
Á quien régia estirpe abona,
Dos nobles damas, por vos,
Aunque parientes, se odian;
Dos esforzados galanes
Á lid sangrienta os provocan;
Y el escándalo y la lucha,
Á duras penas se estorban
Con intervenir en ello

Del Rey la augusta persona.

CALDERON.

Á su mandato obediente,
De mi fama bien á costa,
Una semana en clausura
Pasé y amargas congojas:
Mas, si no basta esa pena,
La que guste el Rey me imponga:
Todo es suyo cuanto tengo,
Ménos el alma y la honra.

HARO.

La ley el duelo condena.

CALDERON.

Más que el cuchillo y la horca,
Teme el noble la opinion
Que, con su peso, la agobia.

HARO.

¿Si hace suyo el duelo el Rey?

CALDERON.

Vive el honor de las propias
Acciones; si él no se guarda,
Mal le guarda la corona.

HARO.

Don Pedro: mirad que aquí
Estamos hablando en prosa;
Y aunque el Rey os quiere bien,
Hay culpas que no perdona.
Su voluntad soberana
Es que aquí, y ántes de un hora,
Renuncieis á todo duelo,
Y tomeis tambien esposa.
Vereis á vuestros rivales;
Y que trateis se os otorga
Con Isabel y Leonor,

Si lo quieren una y otra.
Miradlo bien: hasta aquí
Hallásteis misericordia;
Aun teneis en vuestra mano
La suerte.—Tomad esposa
Y no riñais, ó temed
De un Rey airado la cólera. (Váse por el foro.)

ESCENA XI.

CALDERON.

¿Vióse jamás en tan difícil trance
Desdichado mortal, en esta vida?
De perderos habreis en este lance,
Honra por tantos años mantenida?
¿Está, cumplir á un tiempo, á vuestro alcance,
Con la obediencia al Rey siempre debida,
Y la sangrienta obligacion del duelo,
Que el mundo adora, si maldice el cielo?
De vuestra infamia ó rebelion, alarde
Ante una dama, haced, noble y hermosa;
Y tomad, ya rebelde ó ya cobarde,
Tomad, y al punto, Calderon, esposa;
Que, si una amásteis presto, y otra tarde,
Cualquiera que elijais será dichosa,
Pues una mano la ofreceis proscrita,
Ó por cobarde y sin honor maldita!!
Mas, aunque á un tiempo con el Rey cumpliera
Y con la ley del duelo, dura, impía:
¿Por eso, acaso, más benigno fuera
El torvo influjo de la estrella mia?
¡Oh Leonor! ¡Oh Isabel! ¡Nunca yo os viera,
Rémoras de mi bien ó mi hidalguía!
No quiero ser de la que soy amado;

De la que adoro me lo estorba el hado!
¿Y por qué no ha ser?—Poder humano
Nunca á mudar bastó los corazones.
Si ella, aunque indigno soy, me da su mano,
¿Qué me importan suplicios ni baldones?
¡Ay! que te pierdes, pensamiento insano,
Y lazos al honor ciego dispones!
¡Calderon! ¡Calderon! ¿No se te alcanza
Que solo en Dios estriba tu esperanza?

(Guevara ha pasado, sin que le vea Calderon, del foro á la puerta de la izquierda, por la cual sale con Moreto y D. César, dejándolos en la escena y yéndose por el foro.)

ESCENA XII.

CALDERON.—MORETO.—D. CÉSAR.

Calderon, viendo á los dos, se reporta y toma la palabra, sin dejarles hablar.

CALDERON.

Antes de que me pidais
Entrambos satisfacciones,
Que pueden darse expontáneas,
Y pedidas niega el noble,
Voy á darlas...

MORETO.

Perdonad,
Y no el tiempo se malogre,
Que es corto. De vuestra ausencia
Las causas, ya por informe
De Guevara, conocemos.

D. CÉSAR.

Y pues que pasais por hombre
De pluma á un tiempo y de espada,

Antes que llegue la noche,
Pudiéramos por San Blas
Dar una vuelta.

CALDERON.

Perdone
Vuestra impaciencia, que ahora
Del Rey espero las órdenes.

MORETO.

Tambien Don César y yo.

CALDERON.

¿Pues á qué la prisa, entónces?

MORETO.

Ofrecedme que al salir...

CALDERON.

Vuestro seré.

MORETO.

Estoy conforme.

D. CÉSAR.

¡Pues yo no, pésia mi vida!
Que ni quiero el duelo doble,
Ni que otra ausencia le ponga
A cubierto de mi estoque.

CALDERON.

Lo sagrado de este sitio
Puede hacer que me reporte;
¡Pero no abuseis, Don César!

D. CÉSAR.

Venga, pues, y no se enoje,
Que le hará mal.

CALDERON. (Iracundo.)

¡Bien; salgamos!

MORETO.

¡No, que hay aquí quien lo estorbe!

D. CÉSAR.

¿Vos estorbarlo?

MORETO.

Sí tal;
Que quien primero propone
El duelo...

D. CÉSAR.

¡Ménos palabras
Y más acero, Doctores! (Empuña.)

MORETO. (Empuñando.)

¡Vive Dios!

CALDERON. (Ya sereno, interponiéndose.)

¡Aquí la espada!
¡Mirad que es delito enorme!
Sosegaos, caballeros:
Yo haré que á entrambos se logre
El deseo de reñir,
Que no me asustan dos hombres.

MORETO.

¡Cuerpo á cuerpo os quiero yo!

D. CÉSAR.

¿Por rufianes ó traidores
Nos tiene?

CALDERON.

No tengo tal:
Pero atended á razones.
Si aquí reñir no podemos,
¿Ha de faltarnos en dónde?
Por el alma de mi padre,
Que de Dios la gloria goce,
Os juro que, si de aquí
Salen vivos los rencores,
Ántes reñiré con ambos
Que mi estancia á pisar torne.

¿Dudais de mí?

MORETO.

No, á fé mia.

D. CÉSAR.

¡No quiero que se me note
De díscolo! Me conformo.

CALDERON.

¡Pues más no hablemos, señores!

(Apártanse á un lado: Calderon solo y meditabundo; y á otro, Moreto y Don César, como departiendo entre sí. Al foro aparecen Doña Leonor y Guevara; este, levantando la cortina, ambos sin ser vistos por los que estan al proscenio.)

ESCENA XIII.

CALDERON.—MORETO.—D. CÉSAR, al proscenio. DOÑA LEONOR y GUEVARA, al foro, paño.

LEONOR.

(Reparando en D. César y Moreto.)
¿Se quiere que ante testigos
Con Don Pedro me confronte?

GUEVARA.

El Rey no manda; permite
Que vuecencia le interrogue.

LEONOR.

Sin testigos ha de ser.

GUEVARA.

(Saluda, en señal de aquiescencia; deja caer la cortina que oculta á Doña Leonor, y se adelanta á donde están Moreto y D. César.)
Mi importunidad abone
ser mandado.

D. CÉSAR.

¿Qué nos manda
El Mercurio de la córte?

GUEVARA.

Les ruega que la antecámara
Un instante desalojen.

D. CÉSAR.

La antecámara y palacio. (Yéndose.)

GUEVARA.

Vuesas mercedes perdonen:
Allí, en el Salon dorado,
Han de entrar.

MORETO.

¿Hablais en nombre
Siempre del Rey?

GUEVARA.

Claro está.

MORETO.

Obedezcamos entónces.

(Váse con D. César por la izquierda. Guevara pasa al foro, levanta la cortina para que salga Doña Leonor, y se va en seguida.)

ESCENA XIV.

CALDERON.—DOÑA LEONOR.

Al verse, se saludan ceremoniosamente y con afectacion.—Permanecen un momento contemplándose en silencio.

LEONOR.

Muy silencioso galan,
Don Pedro, os hizo la ausencia;
Y tanto callar ya es falta
De cortesana fineza.

CALDERON.

La admiracion silenciosa,
Dicen que es la más discreta.

LEONOR.

Luego ¿me admirais á mí?

CALDERON.

¿Quién no admira tal belleza?

LEONOR.

Ya en vos, por arte y costumbre,
El ingenio galantea:
Pero el sentimiento está
Como el cielo de la tierra.

CALDERON.

Rocas hay, señora mia,
Heladas en la apariencia,
Y que el fuego de un volcan
En sus entrañas encierran.

LEONOR.

¿Luego amais?

CALDERON.

¿Y por qué no?

LEONOR.

¿Y me lo decis?

CALDERON.

¡Condesa,
Me lo preguntais!

LEONOR.

¡Callad,
Que oiros más es afrenta!

(Calderon, con ademan respetuoso, guarda silencio. Leonor tambien, reponiéndose con visible dificultad.)

¡Comprendo vuestro silencio!

CALDERON.

Guárdolo por obediencia.

LEONOR.

¡Por desden! ¡Por loco antojo!
¡Por satánica soberbia!

CALDERON.

No sé si calle ó responda,

Pues que en todo hallais ofensa.

LEONOR.

Es que me decis lo mismo
Callando, que con la lengua.

CALDERON.

Todo, vuestro ciego enojo,
En mi daño lo interpreta.

LEONOR.

¡Yo enojo! ¡Enojo con él!
¡Su vanidad es la ciega,
Si le persuade que soy
Mujer que *de él* celos tenga!

CALDERON.

¿No siendo yo vuestro amante,
He de temer tal quimera?

LEONOR.

¡Cierto! ¡Si fuera mi prima!...

CALDERON.

Yo no falto á mis promesas.

LEONOR.

¡Bulas hay para difuntos!

CALDERON.

Pues páguelas quien las quiera,
Que en casos de honra, Leonor,
Para mí no hay sutilezas.
Os juré que de Isabel,
Aun pretendiéndolo ella,
Nunca seré; y cumpliréllo,
Si diez mil vidas me cuesta.

LEONOR.

¿No vais á tomar esposa?

CALDERON.

El Rey lo manda, y es fuerza.

LEONOR.

¿Y á Isabel?

CALDERON.

¡Ya he renunciado!

LEONOR.

Pues, como eso verdad sea,
Aun podeis de la fortuna
Ponerle un clavo á la rueda;
Que una mujer principal,
Amante, piadosa, ó necia,
Consentirá en levantaros,
Calderon, á su alta esfera. (Vánse por la izquierda.)

ESCENA XV.

CALDERON.

¡Ay! ¡Las heridas del alma
No se curan con grandezas,
Ni sin amor hay ventura
En uniones tan estrechas!
¿Cuándo acabará el tormento?
(Aparecen al foro Doña Isabel y Guevara.)
¡Más faltábale otra vuelta!
¡Aquí Isabel!... ¡Dios clemente:
Tu infinita bondad tenga
Piedad de mí; no sucumba
La débil naturaleza,
En esta lucha mortal
Entre amor y mi conciencia!
(Guevara se retira: entra Doña Isabel.)

ESCENA XVI.

ISABEL.—CALDERON.

ISABEL.

(Tendiendo á Calderon la mano, que él besa respetuoso y turbado.)

Sé, Calderon, cuanto os debo;
Y á pagar vengo la deuda.

CALDERON.

¿Vos deberme?

ISABEL.

El ser aun libre,
Mal que pese á la Condesa.

CALDERON.

Eso el Rey.

ISABEL.

¿Y quién al Rey
De mis dichas dió cuenta?

CALDERON.

¿Cómo sabeis?...

ISABEL.

Se ha dignado
Revelármelo la Reina;
Y *más* tambien...

CALDERON.

¿Y qué más?

ISABEL.

Lo que el Monarca ordena.

CALDERON. (Ap.)

¡Cielos!

ISABEL.

¿Callais? Pues, á riesgo
De pasar por desenvuelta,
Voy á decir, Calderon,

Más que debe una doncella
De mi linaje. Yo vivo,
Por gracia de Dios, exenta
De ese fuego que devora,
De esa pasion que atropella,
De eso que llaman *Amor*
Los romances y comedias:
Más, puesto que una mujer
Vivir no puede en la tierra,
Sino á la sombra de un hombre,
Que la oprima y la defienda,
Y que al cabo me he de ver
De un mortal humilde sierva...

CALDERON.

¿Qué vais á decir?

ISABEL.

Que á nadie,
Con mas gusto se rendiera
Mi altivez, que á quien yo sé
Y todo Madrid confiesa,
Que es, sin jactancia, valiente;
Dechado de la nobleza;
Buen cristiano. aunque galante;
Razonable, aunque poeta;
De bronce para los fuertes,
Para los humildes cera;
Y no me parece mal,
Si bien sé que canas peina.
Su nombre...

CALDERON.

¡No lo digais,
Ó me matareis de pena!

ISABEL.

¿Si es el vuestro?

CALDERON.

¡Ay, Isabel!
Tal es mi suerte de fiera,
Que la ventura ó la honra,
Forzoso será que hoy pierda!
¡Yo os adoro, mi Isabel,
Con ardiente pasion ciega!
Yo os adoro, aunque locura
En mis años tal vez sea;
¡Que soy árbol tan sin sávia,
Como vos lozana yedra!
Pero os adoro; y, por ser
Vuestro esposo un dia, diera
Cuanto de grande y glorioso
La ambicion mas alta sueña;
Cuanto el deseo imagina;
Y mil vidas que tuviera!!

ISABEL.

Entonces, pues...

CALDERON.

¿No os he dicho
Ya, dulcísima hechicera,
Que á perder honra ó ventura
El destino me sentencia?

ISABEL.

Perder no puede su honra
Quien, como vos, la sustenta:
La ventura, asegurarla
Está ya á voluntad vuestra.
No se queje, quien la tiene,
Si la ocasion no aprovecha. (Váse por la izquierda.)

ESCENA XVII.

CALDERON, luego GUEVARA.

CALDERON.

¡Señor! Este amargo cáliz,
Si vuestro rigor ordena
Que yo apure, haced al ménos
Que no me falten las fuerzas!

GUEVARA.

Don Pedro: ya el breve plazo
Á su término se acerca;
Y el de Haro, en nombre del Rey,
Viene á pediros respuesta.

CALDERON.

¡Llegó el instante supremo!

GUEVARA.

¿Teneis ya la eleccion hecha?

CALDERON.

¿Qué eleccion?

GUEVARA.

¡Cómo!... De esposa.

CALDERON. (Ap.)

¡Oh Isabel! ¡Fatal promesa!!

GUEVARA.

¿Aviso al de Haro?

CALDERON.

¡Aguardad!

GUEVARA.

Ved que ya impaciente espera.

(Calderon se queda unos segundos como abismado; súbito torna en sí, como iluminado por una idea salvadora.)

CALDERON.

¡Gracias, Dios mio! ¡Tú nunca

Al ruego humilde te niegas!!
(Acércase á la mesa, toma un papel, y escribe rápidamente.)

GUEVARA.

¿Qué haceis?

CALDERON.

Escribo al Monarca:

GUEVARA.

¿Y su Ministro?

CALDERON.

¡Que venga
Cuando le plazca! Ya está.
(Firma y dobla el papel.)
Firmo y póngole la nema.
Si sois mi amigo, Guevara,
Ved como al Rey esta llega
Sin tardanza.

GUEVARA.

Yo lo haré:
Mas no espereis que le mueva
Nada á mudar de propósito...

CALDERON.

Sólo aspiro á que la lea.

GUEVARA.

Haro viene.

CALDERON.

Id vos al Rey;
Y él llegue muy norabuena.

(Guevara, dejando pasar ántes á D. Luis de Haro, se va por el foro manifestando asombro.)

ESCENA XVIII.

CALDERON.—HARO.

HARO.

Don Pedro; llegó la hora.

Del castigo ó la obediencia.

CALDERON.

Señor Don Luis: por temor
Los villanos obedezcan:
Que el noble cumple consigo.
Cuando á su Rey se sujeta.

HARO.

¿Qué, en suma, tomais esposa,
Y no vais la palestra?

CALDERON.

Yo daré á un tiempo, si en ello
No halla obstáculo vuecencia,
Á todos cuantos, en este
Lance de mí se querellan,
Cumplida satisfaccion,
Y al Rey y á vos mi respuesta.

HARO.

¡Hola! (Sale un ujier por la derecha.)
Rogad á esas damas
Y caballeros que vengan.

(Váse el ujier por la izquierda, y á poco entran en escena, por la misma puerta, Doña Leonor, Doña Isabel, Moreto, D. César, y el último, como furtivamente, Clarin.)

Don Pedro, ingenio teneis,
Soberano en sutilezas:
Pero temo que hoy sucumba
En la lucha que os espera.

CALDERON.

Mas segura es que el ingenio,
La esperanza que me alienta.

ESCENA XIX.

CALDERON.—HARO.—DOÑA LEONOR.—DOÑA ISABEL.—MORETO.—D. CÉSAR y CLARIN, que por detrás de todos corre á su amo, se postra á sus pies de rodillas, y le besa la mano, como llorando.

CALDERON.

(Levanta á Clarin, le abraza, y con ademan entre afectuoso é imperativo, le impone silencio, volviéndose en seguida á los demás personajes, que le miran como esperando que hable.)

Pues ya cuantos, en mi daño
Unos, y otros en mi bien,
Hizo que aquí se juntaran
La voluntad de mi Rey,
Pueden oirme, es razon
que satisfaccion les dé;
Y, sin faltarle á mi honra,
Espero que lo he de hacer.
Verdad es que yo á una dama
Que me escucha, eterna fé
Prometí: pero ella luego
De otro dueño vino á ser;
Pasaron años, soy hombre,
Y olvidéla yo tambien.
Más tarde, amóla un amigo,
De mí se vino á valer,
Y aunque le serví leal,
Él me tiene por infiel;
Que, celosos, no hay quimera
A que crédito no den.
Un ángel hay en la tierra
Fugitivo del Eden;
Quizá pudiera ser mio,
Que lograr no es merecer:

Mas, por salvarle de un riesgo,
Yo, no ser suyo, juré,
Y el bien soñado en suplicio
Trocó mi estrella cruel.
Retar al que ya renuncia
Á tan soberano bien,
Ni le cumple á caballero,
Ni en ley de duelo hay porqué.

LEONOR.

Satisfaccion no pedida
Más que tal agravio es.

MORETO.

Pues siendo así; yo á la espada
En este lance hago juez.

D. CÉSAR.

Lo mismo digo, Moreto.

CALDERON.

¿Vos, qué decis, Isabel?

ISABEL.

Que de juramentos puede
El Pontífice absolver.

CALDERON.

Sí: pero no mi conciencia.

HARO.

Don Pedro: ¿Qué resolveis?

CALDERON.

¿En qué, señor?

HARO.

¿Ya olvidais
Que esposa habeis de escoger,
Y no reñir?

D. CÉSAR.

¡Si cobarde!...

CALDERON.

La torpe lengua tened,
¡Ó por vida!

HARO.

¡Caballeros:
Estais en casa del Rey!

ISABEL.

Impedid que se provoque,
Y no habrá que responder.

LEONOR.

Trocad, nueva Bradamante,
La saya por el arnés!

CALDERON.

¡No mas discordias por mí!
Á lo que os digo atended:
Si quedo aquí deshonrado.
¿Me querrá alguna mujer?
Y si vuelvo por mi honra,
¿No desobedezco al Rey?

HARO.

Claro está.

CALDERON.

Pues sólo en caso
De que por bueno me den
Mis rivales; y á estas Damas
Mi eleccion cuadre, podré
De vasallo y caballero
Cumplir el doble deber.
(Ap.) ¡Mucho se tarda Guevara!

HARO. (Ap.)

¡Lástima ya tengo de él!

CALDERON.

Pues mi eleccion está hecha.

ISABEL. (Ap.)

¡Yo al fin!

LEONOR. (Ap.)

¡Al cabo triunfé!

CALDERON.

La mas perfecta hermosura
Que mortales ojos ven,
Ó flor temprana se agosta,
Ó caduca en la vejez;
La mas sincera pasion
En que puede un alma arder,
Con el tiempo, si no muere,
Entibiarse la vereis:
Mas la esposa que yo elijo
Hoy será lo que fué ayer,
Ella sola puede á todos
Amar, y á todos ser fiel...

HARO.

¿Qué estais diciendo?

(Sale Guevara con un pliego en la mano.)

CALDERON. (Ap.)

¡Guevara!
¡Si accede el Rey, me salvé!

ESCENA XX.

DICHOS Y GUEVARA.

GUEVARA.

(Poniendo el pliego en manos de Calderon, que lo abre.)

Para vos, su majestad. (Calderon lee.)

HARO. (Ap.)

¿Qué puede este pliego ser?

D. CÉSAR. (Ap.)

¿Qué pasa aquí?

MORETO. (Ap. á D. César.)

¡No lo entiendo!

LEONOR. (Ap.)

¡El Rey le escribe! ¿Por qué?

ISABEL. (Ap.)

¿Si le suelta la palabra?...

CALDERON. (Á Haro.)

¿Si dais licencia?

HARO.

Leed.

CALDERON. (Leyendo.)

«Don Pedro Calderon: Pláceme, y tanto, vuestra acerta»dísima y santa eleccion, que, para que tenga efecto »sin demora, os otorgo mi Real consentimiento, y haré »que por el mi Consejo de las Órdenes, se os expida la »competente cédula. Vos tomais perfecta esposa, y yo »quedo al cuidado de vuestros aumentos, por vos y »por ella, en cuya gracia espero que vivo y morir deseo. »Dios os guarde.—Yo el Rey.»

LEONOR.

¿Pero esposa tan perfecta,
Diréisnos al cabo quién?...

CALDERON.

¿Aun no lo habeis entendido?
¿Ni vos tampoco, Isabel?

MORETO.

¡Tal enigma!

CALDERON.

Está bien claro.

D. CÉSAR.

Pues hacednos la merced
De explicarlo.

HARO.

Sí; ya es tiempo.

ISABEL.

Dilatarlo es ya cruel.

CALDERON.

La *santa Iglesia católica*
La esposa que elijo és.

LEONOR.

¡Cielos!

ISABEL.

¿Qué dice?

MORETO.

¡Oh prodigio!

D. CÉSAR.

¡Pegónos á la pared!

CLARIN.

¡Dios me asista!

HARO.

¡Calderon:
De tôdos triunfado habeis!

CALDERON.

Ántes, á todos me rindo
Y de hoy mas me humillaré.
Don César, Don Agustin,
Ya un rival en mí no veis.
Leonor, la que yo os prefiero,
No ofende vuestra altivez;
Y aun por ella, es sacrificio
Renunciaros, Isabel,
Que, si Dios lo toma en cuenta,
Su piedad me ha de valer!
Aquí del mundo renuncio
Pompas vanas, gloria y ley;
Aquí trueco armas profanas
Por las armas de la fé.
Mi musa será, de hoy más,

La del vate de Israel;
Y, pues la *mejor esposa*
Dado me ha sido escoger,
Su gracia hará que, cantor
De Honra y Patria y Dios y Rey,
Ni mi nombre muera nunca,
Ni se agoste mi laurel.

CLARIN.

Y aquí acaba la comedia:
Vuesas mercedes le den
Al *gran poeta* un aplauso;
Que culpa suya no fué
Atreverse á su grandeza
Tan poco diestro pincel.

FIN DE LA JORNADA TERCERA.

EPÍLOGO.[1]

Así que dice Calderon:

«Ni mi nombre muera nunca,
Ni se agoste mi laurel!»

Óyese una suave melodía que sorprende y admira á los actores, y dice dentro:

LOPE DE VEGA.

¡Sí, Calderon, tus votos se escucharon;
Y tu verde laurel, tu claro nombre,
La eternidad que pides alcanzaron,
Para que al mundo tu grandeza asombre!!

CALDERON.

¿Deliro ó es verdad que resonaron

---

1 Esta fantasía dramática, puramente de circunstancia, fué improvisada para su objeto, y lo fué, tanto como por el poeta, por los actores y por la empresa, que en veinte y cuatro horas hubieron de estudiarla, ensayarla y ponerla en escena. Á los primeros, ya el público les hizo justicia con sus aplausos, y saben cuán agradecido les estoy; pero no está demás expresárselo aquí de nuevo, por toda la representacion, ni sería justo callar que el inteligentísimo director de escena, D. Diego Luque, fué quien, con su habitual celo y con la felicidad que el público ha reconocido, dispuso el cuadro final, mucho mejor que hubiera podido nunca imaginarlo el autor del epílogo.

Vaticinios, que mal pudo del hombre
Modular atrevida la garganta,
Y cuyo augurio, aunque feliz, espanta?

ISABEL.

¡Sí, Calderon; profética, en el viento,
Voz celestial te anuncia eterna gloria!

LEONOR.

¡Y anuncia la verdad! ¡Yo aquí lo siento,
Cual luego lo dirá la patria historia!

CALDERON.

¡Sueños son de altivo pensamiento:
Que sueño es esta vida transitoria!

(Rasgándose el telon del foro, descubrióse una decoracion de nubes, en cuyo centro se elevaba *El templo de la Fama,* al cual se subia por una espaciosa escalinata, cubierta de abrojos y malezas.—En su vestíbulo, veíanse varias Ninfas, unas con coronas de laurel y otras con cítaras ó liras en las manos.—Á la derecha del templo, entre nubes, la plataforma de un torreon arábigo, y sobre ella la figura de *D. Alfonso el Sabio,* apoyándose en un globo terráqueo y contemplando las estrellas.—Á la izquierda, *Hernan Cortés,* con una antorcha en la mano, como preparándose á quemar sus naves.—En el dintel mismo del templo, aparecieron: en el centro, *Lope de Vega,* con su traje de sacerdote Sanjuanista, coronado de laurel; á su derecha, *Cervantes, Velazquez, Lope de Rueda, Herrera, Garcilaso y el Marqués de Santillana;* á su izquierda, *Quevedo, Alarcon, Tirso, Guillen de Castro, Montalban y Góngora.*—Al foro, y convenientemente agrupados, varios de los personajes ilustres de nuestra historia, desde la época romana hasta el año 1651.—Al pie de la escalinata, y en el espacio que dividia la nueva decoracion de la parte de la primera que se conservó, aparecieron con palmas en las manos, Rojas, Matos y Cáncer, uniéndoseles Guevara así que se verificó la mutacion.—Al realizarse esta, los actores del proscenio se dividieron, apartándose á los dos lados del mismo, y dejando solo á Calderon en medio de la escena.)

LOPE.

La vida es sueño, mas tu musa advierte
Que es despertar el sueño de la muerte.

CALDERON.

¡Oh asombro! ¿Qué, es llegada ya mi hora,
Y voy contigo á ser, Lope divino?

LOPE.

¡Aun nó!... Trabaja aun; y así atesora
Fama y honor, con el triunfar contino;
Y la escena en que fuí radiante aurora,
Astro de luz te admire peregrino,
Cual ya ocho lustros de tu Rey soldado,
Otros ocho, á tu Dios fiel consagrado!

MORETO.

Sí; á quien condujo á la española escena,
Imberbe mozo áun, *Carro del cielo,* [1]
Y el mundo deja cuando ya le llena,
No le es dado abatir el raudo vuelo:
Su gloria, á nueva gloria le condena;
Y por más que le abrase santo celo,
Su musa le será, por alto juicio,
Lo que fué el *Purgotorio á San Patricio.* [2]

ISABEL.

Y el estro que inspiró *La dama duende.* [3]

CÁNCER.

Galan fantasma, [4]

MATOS.

Astrólogo, [5]

---

1 *El Carro del cielo.*—Primera comedia que escribió Calderon, á la edad de 13 años, y desdichadamente se ha perdido.

2 *El purgatorio de San Patricio.*—Drama escrito el año 1635.

3 *La dama duende.*—Comedia de capa y espada. Representóse el año 1629.

4 *El galan fantasma.*—Comedia de capa y espada, del año 1635.

5 *El astrólogo fingido.*—Comedia del año 1632.

CÁNCER.

Escondido, [1]

GUEVARA.

Que en *La banda y la flor* [2] feliz sorprende,

ROJAS.

Que aterra en la venganza de un marido, [3]

D. CÉSAR.

Y con *Roldan* y *Fierabrás* [4] se entiende,

HARO.

Que hasta el *amor del cielo* [5] ha embellecido,

LEONOR.

Y, en *Margarita,* [6] amar hizo al desaire,

CLARIN.

Y supo castigar *La hija del aire,* [7]

LOPE.

¡Siempre le inspirará!... Que ese es el estro
De la musa española soberana,
De quien padre fué Dios, yo fuí maestro,
Y lira sola el habla castellana.
Ese es el español, ese es el nuestro;
Nunca extranjera ropa le engalana;

---

1 *El escondido y la tapada.*—Prototipo de las comedias de capa y espada; del año 1636.

2 *La banda y la flor*, del año 1632.

3 *Á secreto agravio secreta venganza.*—Magnífico drama, del año 1637.

4 *La puente de Mantible.*—Drama heróico-caballeresco, del año 1635.

5 *Los dos amantes del cielo.*—Drama religioso, del año 1651.

6 Margarita es la dama de *Para vencer á amor, querer vencerle.*—Magnífica comedia del año 1635.

7 *La hija del aire.*—Drama trágico, cuyo asunto es la historia de Semiramis, del año 1650.

Débele nuestra patria sus gigantes:
Velazquez, Calderon, Cortés, Cervantes!

ISABEL.

Y ese no inspira sólo sus ficciones,
Que arde en su pecho, intenso, en pura llama,
Y brota en pensamientos y en acciones,
Como en sentidos versos en su drama.
Aprended, caballeros, sus lecciones:
Si amais, *ántes que todo es vuestra dama*; [1]
Debeis, *si amor no dais, agradecerle*, [2]
Y si os paga en desden, *querer vencerle*. [3]

LEONOR.

Si ya no mas, castiza la figura
De la dama, quereis pintar, gallarda,
De quien no sabe amor si la hermosura,
El desden ó el ingenio le acobarda;
Asunto la ficcion dé á la pintura,
En *rayo*, en *fiera* amante, en *piedra* que arda, [4]
En fortunas de *Andromeda* y *Perseo*, [5]
Y en la loca *pasion de Prometeo*. [6]

CALDERON.

¡Callad! ¡Callad!... ¡Del porvenir contemplo
Ya iluminarse el mágico horizonte!!
Tú me abres, Lope, de la fama el templo,
Antes que cruce el igneo Flegetonte:

---

1 *Antes que todo es mi dama.*—Comedia de capa y espada del año 1662.

2 *Agradecer y no amar.*—Comedia palaciega de 1653:

3 *Para vencer á amor, querer vencerle.*—Comedia ya citada.

4 *La fiera, el rayo y la piedra.*—Drama mitológico del año 1652.

5 *Andromeda y Perseo.*—Drama mitológico del año 1653.

6 *La estátua de Prometeo.*—Drama mitológico, año 1679.

Mas, para ser en todo al mundo ejemplo,
Y que mi fama expléndida tramonte
De siglo á siglo, y siempre sin mancilla,
Mientras lengua y honor haya en Castilla:
Dios, que le sirva en el altar, me ordena;
Y al estro juvenil dando de mano,
No mas ocupe la profana escena,
Que en obediencia humilde al soberano. [1]
Y ya su santa inspiracion me llena;
Y, libre el alma ya de amor liviano,
Asuntos busca mi piadosa audacia,
En los *sacros misterios de la gracia.*
Si á mi patria y mi Rey, hacienda y vida,
Fué deuda consagrar de caballero,
En medio siglo que viví, cumplida,
Hoy con mi patria y Dios cumplir ya quiero.

---

1 Calderon llevó consigo al estado eclesiástico, su irresistible vocacion dramática: pero muy discretamente no la volvió á aplicar una vez ordenado, á los asuntos profanos, sino de órden expresa del Rey, para las fiestas palaciegas. Así lo dice él mismo en carta al Patriarca de las Indias, del año 1653, quejándose de que su talento y triunfos literarios, le estorbaban el logro de sus justas y modestas pretensiones. «Sin haber tomado la pluma »(son sus palabras) para cosa que no sea fiesta de S. M. ó del »*santísimo*, obedecí entónces, y desde entónces á cuanto en esta »fé se me ha mandado.»—Sin embargo, el autor de la *vida es sueño*, no pasó nunca de *capellan* de Reyes Nuevos de Toledo.

2 Es claro que se alude á los *autos sacramentales*, para la festividad del córpus en Madrid.—Calderon nos ha legado mas de ciento de esas composiciones admirables, tanto por el sentimiento hondamente religioso, y la profunda instruccion metafísica teológica que revelan, cuanto por el superior ingenio con que las mas abstrusas entidades, figuran como entidades dramáticas del primer órden en la escena.

¿Larga existencia aun me es concedida?
Gracias, Señor, si me haces limosnero.
Humilde al débil, con el grande digno,
Duro al pecado, al pecador benigno.[1]

LOPE.

¡Y eso serás, que Dios oirá tus votos!
Tu gloria, Calderon, como la mia,
Trascenderá á los tiempos mas remotos,
Honor de la española monarquía.
¡Ay! Que escaso el poder, los lazos rotos,
El mundo de Colon perderá un dia!...
Mas ni en él dirá nadie, «yo desdeño
Al vate insigne de la *Vida es sueño*.

FIN DEL EPÍLOGO.

---

1 Tan piadoso, tan limosnero, tan excelente sacerdote, como cumplido caballero habia sido en el siglo, Calderon, al bajar al sepulcro, no dejó menor fama de buen cristiano, que de incomparable ingenio. Pocos años despues de su muerte, tratóse de comenzar el proceso para su beatificacion: pero estórbelo el inconveniente de haber escrito comedias!!...